

SERVICIO SECRETO

LA NEGRA NOCHE DEL MIEDO

burton hare

BB

LA NEGRA NOCHE DEL MIEDO



BURTON HARE

LA NEGRA NOCHE DEL MIEDO



Col. SERVICIO SECRETO n.º 800
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 27399 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: Diciembre 1965

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965**

N. R. 6.954/65

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:
187. Para nosotros, muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:
795. La muerte es un buen negocio.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
85. Proceso de terror.

PRÓLOGO

NUEVA YORK, 15 DE AGOSTO

El gran coche negro se deslizó por los oscuros callejones contiguos a los muelles a velocidad moderada. Torció por detrás de unos inmensos almacenes y fue a detenerse junto a una plataforma de madera, destinada a la carga de camiones. Las sucias aguas del río rumoreaban a escasos pies de distancia, bajo el muelle donde se había parado el auto.

Una portezuela trasera se abrió. Un hombre descendió del vehículo y dio unos pasos apartándose de él, titubeante, como si no supiera qué dirección debía tomar.

Después, decidido, anduvo primero en una dirección, retrocedió y exploró la esquina de los almacenes de carga. Soltó un gruñido y regresó sobre sus pasos, yendo a detenerse junto al coche.

—Todo está tranquilo —murmuró—. El vigilante no pasará por aquí hasta dentro de diez minutos, durante su ronda. Y no hay nadie a la vista.

Una voz gruñó:

—Bueno, terminemos con eso de una vez.

Otros dos hombres se apearon del auto, rodeándolo para reunirse en la parte trasera. Uno de ellos insertó la llave y abrió la tapa del portaequipajes. Dentro de la cavidad apareció un bulto retorcido y deforme, envuelto en algo semejante a una manta.

Los tres se dedicaron a la tarea de sacar el bulto. Lo dejaron sobre el húmedo suelo y el que había abierto la tapa la cerró nuevamente.

—¿Hay que arrojarla con manta y todo? —refunfuñó uno.

—No, imbécil. Podrían seguirle la pista… Vamos, ayúdame.

Apartaron los pliegues de la manta, abriéndola para extenderla alrededor del retorcido cuerpo de una mujer.

El cuerpo estaba desnudo. Era de una perfección estremecedora. Bajo los senos, la sangre se había coagulado formando una sucia mancha.

—Lástima de chica —refunfuñó uno de los hombres.

—Cierra la boca y échame una mano…

—¡Rápido! —urgió el tercero, nervioso—. Si nos pescan estamos listos.

El hermoso cuerpo fue levantado por dos de los asesinos. Resbalando sobre la humedad del suelo, se acercaron al borde del muelle seguidos por su compinche. Este fue quien ordenó con voz tensa:

—¡Nada de balancearla! Solo dejarla caer para que no haga ruido.

Se inclinaron, jadeantes a causa del peso.

—¿Ya?

—¡Ahora, tú!

Soltaron su carga y, casi inconscientemente, un suspiro de alivio. Se

habían librado de una buena.

—Larguémonos de aquí —balbuceó el que parecía llevar la voz cantante—. Habrá que oír la que nos espera…

—No va a gustarle… pero esta no nos ha dejado ninguna oportunidad…

Los tres volvieron al coche y segundos después todo quedó silencioso y desierto. Solo el chapoteo de las aguas al golpear los grasosos pilares de los muelles hablaba de la presencia del río, de sus negras profundidades, de la muerte que encerraban…

Y del cuerpo de una mujer extraordinariamente hermosa que la corriente arrastraba, llevándolo hacia su estremecedor destino de soledad viscosa y profunda, a ella, enamorada de los ambientes cálidos y confortables, del lujo y la admiración de las gentes…

El cuerpo giró en un débil remolino, surgió a la superficie y las sucias aguas jugaron con él brutalmente. Después, lo empujaron de nuevo río abajo… hasta lanzarlo contra los pilares de un muelle de madera, gorgoteante, dejándolo allí aprisionado entre el musgo, el pestilente aceite y los trozos de cuerdas viejas y abandonadas que pendían como podridas lianas…

Después siguieron su curso, olvidadas de la bella imagen muerta que dejaban tras de sí.

⋆ ⋆ ⋆

LOS ÁNGELES, 18 DE AGOSTO

Las cámaras de televisión se movían con suavidad, enfocando a los senadores, al público, a los periodistas que tomaban notas febrilmente, a los fotógrafos, cuyas evoluciones de un lado a otro, y sus chispazos, restaban seriedad al acto.

Todo el mundo sabía que aquella era la última sesión del Comité del Senado que durante dos meses había investigado la organización criminal del país. Y, también sabían todos que no obtendrían resultado alguno.

Pero, donde se centraban con más insistencia las cámaras de televisión y de los fotógrafos, era sobre el hombre corpulento, con abultadas bolsas de grasa bajo sus ojos, en la triple papada y el abultado vientre: Ernest Gallucci.

Gallucci, el hombre que en una ocasión, públicamente, al salir de un tribunal donde había sido juzgado y declarado inocente, exclamó con una cínica sonrisa en sus labios gordos y húmedos:

—*Yo hago mi propia ley.*

Ante los senadores se mostraba tranquilo y tolerante, como si estuviera en una reunión amistosa un tanto pesada, pero soportable. Su sonrisa, que había aparecido en todos los periódicos, seguía en su mofletuda cara, y su voz chillona y estridente era firme en cada respuesta que se dignaba dar,

aunque sin revelar nunca nada de lo que realmente le preguntaban.

—Mis negocios, senador —dijo en respuesta a una de las preguntas—, son los hoteles y clubs nocturnos. Todos perfectamente legales, como saben ustedes.

—Para administrar sus negocios —replicó el senador—, mantiene usted una plantilla de pistoleros. ¿Puede explicar cuáles son las funciones de esos hombres, Mr. Gallucci?

—¿Pistoleros? —se escandalizó—. Alguien les ha informado mal. Los únicos hombres un poco violentos que tengo en nómina son los encargados de mantener el orden en mis clubs. Eso es normal en esta clase de establecimientos.

El senador se dio por vencido. Otro tomó la palabra.

—Sabemos que ha estado en contacto con miembros de embajadas extranjeras, Mr. Gallucci. Embajadas de países poco amigos del nuestro. Igualmente, se nos ha dicho que después de esos contactos usted ha alardeado de una inusitada prosperidad. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—Calumnias, senador —protestó el *gangster*—. Envidia por mí buena estrella en los negocios. Gano bastante dinero y el Gobierno lo sabe perfectamente, ya que se lleva la mayor parte de él con los impuestos. Creo que debieran darme facilidades para ganar más, en lugar de interrogarme. Después de todo, trabajo para engrosar las arcas del Tesoro.

Hubo algunas risas entre el público. El senador apretó las mandíbulas, pero no se dio por vencido todavía.

—La última vez que se le vio en compañía de un agregado de embajada, Mr. Gallucci, recibió usted un abultado paquete de manos de su visitante…

—No lo recuerdo.

—Haga un esfuerzo de memoria. Un paquete rectangular, aplanado, según consta en nuestros informes.

—No dudo de sus informes, naturalmente. Tal vez me hizo entrega de algún obsequio… algo típico de su país, diría yo.

—Doscientos cincuenta mil dólares americanos es lo que opinamos nosotros —le espetó el senador abruptamente.

Por primera vez, Gallucci acusó cierta excitación, aunque se mantuvo quieto en su sitio.

—Me gustaría saber dónde está esa cantidad —dijo con forzada ironía —. Incluso descontando los impuestos, me quedaría un buen pellizco.

Nuevas risas entre el público. Luego, la voz del *gangster* volvió a resonar por encima del rumor contenido.

—Son ustedes asombrosamente cándidos, senador. Cualquier difamación o calumnia sobre mí merece su crédito… Bueno, no me opongo a que hagan su trabajo, pero no comprendo cómo han podido llegar a la conclusión de que alguien me entregó un cuarto de millón sin más ni

más…

—El error, Mr. Gallucci, fue de su «amigo» extranjero. Según los informes de los agentes del Tesoro, ese dinero llegó a Europa. Formó parte de una partida utilizada como ayuda financiera a cierto país, hace años. Y nos inclinamos a creer que nuestros agentes saben perfectamente de lo que están hablando en sus informes.

—Seguro, seguro, pero no sé una palabra de ese dinero. ¿Por qué no le preguntan al funcionario diplomático que, según sus informes, manejó esa fortuna?

—No podemos hacer comparecer a un diplomático, Mr. Gallucci. Por otra parte, el que nos ocupa salió de nuestro país hace cierto tiempo… dos o tres días después de su entrevista con usted.

Gallucci se encogió de hombros y no replicó.

Las preguntas continuaron, y las respuestas siguieron siendo las mismas. Irónicas, burlonas, o sin ningún sentido. Antes de terminar la sesión, Gallucci se encaró con los senadores para exclamar con sincera cólera:

—¡Lo que están haciendo conmigo es indigno! Tengo esposa y tres hijos pequeños… ¿qué creen ustedes que pensarán de su padre si se enteran de las barbaridades con que quieren incriminarme? Están ustedes destruyendo la paz y la unidad de mi hogar, ni más ni menos.

Hubo un revuelo de risas contenidas entre el público. Los reporteros aceleraron el ritmo de sus anotaciones y todas las cámaras convergieron al enfocar al *gangster* desde todos los ángulos. Lo curioso del asunto era que era cierto cuanto acababa de decir Gallucci; era del dominio público el extraordinario cariño que profesaba por su familia, las horas que dedicaba a ella, tal vez como compensación a la soledad con que había vivido desde su más tierna infancia en un sórdido barrio portuario, como si en su afecto por la familia que había creado quisiera resarcirse de no haber conocido jamás el calor de un auténtico hogar.

Siguieron acribillándole a preguntas. Insistieron sobre sus contactos con extranjeros. Dijo solo que a sus establecimientos concurrían gentes de todos los estamentos. Él se limitaba a complacer a los clientes, sin preocuparse de si eran diplomáticos o agentes de seguros.

Cuando terminó la sesión, el hombre que tenía en sus manos uno de los mayores imperios criminales del país salió de la sala con su poder todavía más afianzado.

La gente de la calle supo entonces que un tipo como Ernest Gallucci podía desafiar al Gobierno de la nación y vencerlo, riéndose de todos los principios de la democracia…

* * *

La misma noche del día que terminó sus sesiones la comisión de

senadores, cuando la ciudad dormía y los yates y motoras se mecían suavemente en los muelles del Club Náutico, una tremenda explosión convirtió en astillas uno de los más lujosos, perteneciente a cierto financiero y deportista llamado James Bartlet.

El yate voló por los aires en pedazos, incendiándose y dando enorme trabajo a los bomberos para evitar que las llamas se propagasen a las embarcaciones amarradas junto al siniestrado. Quedó demostrado que los tanques de combustible habían estallado, y para cuando las grandes llamaradas pudieron ser sofocadas, se sabía ya que, en el momento de la explosión, el propietario del gran barco estaba a bordo efectuando los últimos preparativos para uno de sus frecuentes cruceros.

Más tarde, cuando los bomberos rescataron el cuerpo valiéndose de «hombres-rana», lo que quedaba de él no resultaba nada agradable de contemplar.

No obstante, la viuda del financiero fue llevada al depósito para la identificación, lo que efectuó con una extraña y helada calma que ni siquiera el nauseabundo espectáculo logró romper. Los que la vieron quedaron tan estupefactos a causa de esa actitud que, incluso después de marcharse ella, siguieron comentándolo y emitiendo opiniones dispares y contradictorias, que habrían durado mucho más tiempo de no haberlos interrumpido la llegada de Mr. Jamieson, el socio comercial del difunto, al que identificó visiblemente descompuesto. Cuando le sacaron de allí se vieron obligados a acompañarle, sosteniéndole entre dos empleados, hasta los lavabos edificio.

Indudablemente, Mr. Jamieson no poseía el aguante ni la sangre fría de la reciente viuda.

⋆ ⋆ ⋆

También aquella noche, casi al amanecer, un auto-patrulla que regresaba de su recorrido por la ruta «101» observó la presencia de un coche estacionado a un lado de la carretera, con dos de sus ruedas peligrosamente inclinadas en la cuneta.

Como aquel no era el lugar más a propósito para dejar el coche, los dos agentes detuvieron el suyo al otro lado y se acercaron para investigar, sospechando que dentro encontrarían a una amartelada pareja haciéndose el amor con entusiasmo.

En eso se equivocaron. Hallaron a un trío en lugar de una pareja. Tres hombres derribados a balazos y que llevaban más de tres horas muertos, amontonados en el departamento trasero.

Se descubrió que los tres carecían de documentos de identidad ni otro detalle factible de facilitar su identificación. Sus ropas eran de confección, totalmente impersonales, y no conservaban ni etiquetas ni marcas de lavandería alguna.

Y, para acabar de asegurarse que no serían identificados, los asesinos se habían tomado el bárbaro trabajo de frotar todos los dedos de los cadáveres contra alguna superficie rugosa y dura, «limando» las huellas dactilares y la carne hasta los mismos huesos.

También se descubrió que el auto había sido robado a medianoche de un estacionamiento público. El sargento que había acudido en respuesta al mensaje de los patrulleros, comentó de mal talante:

—Por lo menos, espero que no les hayan limado los dedos antes de «despacharlos»...

Ese fue el epitafio de los tres hombres asesinados.

CAPÍTULO PRIMERO

Acababa de leer el periódico de la tarde cuando sonó el teléfono. Había pasado más de una hora desde que el gran edificio dedicado por entero a oficinas había quedado silencioso, con los despachos cerrados y desiertas. Solo el aburrimiento y el diario habían hecho que yo siguiera allí todavía.

Descolgué el aparato.

—Habla Finney —exclamé.

—¿Es usted el detective de ese nombre?

Era una hermosa voz de mujer, tensa y acuciante.

—Sí. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es algo absurdo, señor Finney —prosiguió, en el mismo tono nervioso —. ¿Puedo encargarle una gestión así, por teléfono?

—Depende de la clase de gestión, naturalmente.

—Le pagaré bien... cuando venga a darme cuenta del resultado. La cantidad que usted indique, si es razonable, claro. Pero es algo que debe ser hecho inmediatamente.

—Bueno, Cuéntemelo.

—Me ha llamado un hombre hace poco. Exige cinco mil dólares para callar lo que sabe sobre la muerte de mi esposo, ¿comprende usted, señor Finney? Un sucio chantaje en algo que no tiene sentido...

—¿Va usted a pagar?

—¡Naturalmente que no! Ese hombre parece creer que yo tengo algo que ver con la muerte de James...

—¿James era su esposo?

—Sí; James Bartlet. Usted debe haber leído que murió en la explosión del yate...

—Lo leí... creo que hace un par de días. Así que ese tipo cree que usted pagará cinco mil dólares para que mantenga la boca cerrada. ¿Tiene alguna base para apoyar esa pretensión?

—Ninguna en absoluto. La muerte de James fue un accidente.

—Bueno, es un asunto muy irregular. Hubiera preferido hablar con usted personalmente, señora Bartlet, antes de hacer nada.

—¡Pero no hay tiempo! A las nueve debo estar en el lugar que él ha indicado o dará su información a la policía.

—No creo que lo haga. Sería tanto como tirar un posible negocio por la ventana. De todas formas, si la muerte de su esposo fue accidental, eso no debería preocuparla...

—Lo que temo es el escándalo —replicó vivamente—. Ya he soportado bastantes reporteros estos días. Si publicasen cualquier información

relativa a que no fue un accidente se lanzarían sobre mí como buitres... siempre se entusiasman cuando pueden despellejar a personas de nuestra posición.

—Está bien, ¿qué quiere que haga yo exactamente?

—Bueno, he pensado que usted sabría cómo disuadir a ese hombre de sus propósitos. Puede hacerle comprender que no hubo nada raro en la muerte de James... No sé cuáles son sus métodos de trabajo, pero he leído muchas veces su nombre relacionado con investigaciones sensacionales y...

—Comprendo. Veré qué puedo hacer. ¿Dónde debe entrevistarse con ese individuo?

—Me ha citado en la esquina de Bowman y Cleary Street, a las nueve. Aguardará en un coche «Ford» de color gris claro. Llevará un gallardete deportivo en el extremo de la antena de la radio.

—Y él espera que le entregue usted cinco mil dólares, ¿no es así?

—Exactamente. Para acercarme a él, a manera de contraseña, debo preguntarle si su nombre es Brody.

—Un fulano meticuloso. Está bien, la veré a usted esta noche, después que yo haya hablado con ese tipo listo.

—En cuanto a sus honorarios...

—Lo discutiremos cuando la vea. Faltan solamente quince minutos para las nueve, de manera que no puedo entretenerme ahora.

—Gracias, señor Finney...

—Espere a dármelas cuando haya terminado el trabajo.

Colgué, pensativo. Me parecía una conducta estúpida la del chantajista. ¿Cómo sabía él que la mujer no acu diría a la policía? O estaba muy seguro de que ella tenía algo que ocultar relacionado con la muerte de su maride o era un ingenuo.

Me puse la chaqueta y salí a la calle. Una ráfaga de aire húmedo me azotó el rostro. Densos nubarrones cubrían el cielo, y la oscuridad, fuera de las cercanías de los faroles, era tan negra como un lago de tinta.

La esquina de Bowman y Cleary era uno de esos lugares que a uno no le gustaría cruzar en una noche oscura, solo y con dinero en el bolsillo. Y aquella era una noche oscura como el infierno.

Cuando estacioné el coche a cierta distancia de la esquina empezó a llover. Primero fueron unas gotas gruesas y ruidosas que se estrellaron sobre el pavimento como si este fuera el parche de un tambor. Luego las gotas se convirtieron en un diluvio y en menos de dos minutos el agua corrió por la calzada como un torrente.

Permanecí dentro del auto esperando que amainara el temporal. Encendí un cigarrillo y reflexioné sobre la mejor manera de enfocar un asunto como aquel. Decidí que solo había una manera de tratarlo, y era la violencia, quizá si el chantajista se encontraba con las narices incrustadas en la nuca y unos cuantos dientes fuera de sitio comprendiera que había

ido demasiado lejos...

El reloj del coche señalaba las nueve y ocho minutos cuando la lluvia comenzó a perder intensidad, quedando convertida en un continuo chispear de diminutas gotas, bajo las que anduve en busca del fulano que quería cinco mil dólares.

No me costó distinguir el coche. Era un modelo viejo, pero bien conservado. En el extremo de la larga antena pendía un empapado banderín deportivo.

Al acercarme descubrí la oscura forma de un hombre sentado ante el volante. Bueno, el tipo había tenido paciencia para aguardar.

Llegué al lado, me incliné sobre la ventanilla y dije:

—Bueno, camarada, tú eres Brody y vamos a discutir el asunto tú y yo...

Me interrumpí al notar su inmovilidad y rigidez. Ni siquiera volvió la cabeza al oírme hablar. Introduje la mano y le sacudí por el hombro. Se derrumbó hacia delante y su cabeza golpeó sobre el volante.

Di un respingo, apartándome del auto. Miré a mí alrededor, pero no pude ver la menor señal de movimiento. Indudablemente, estaba solo en la esquina.

Rodeé el coche y, protegiéndome la mano con el pañuelo, abrí la portezuela del otro lado. Entré, sentándome en el asiento delantero, junto al cuerpo inerte. No había duda que estaba muerto, y al tratar de moverlo descubrí la empuñadura del cuchillo que seguía clavado en su pecho, un poco ladeado a la derecha. Quien fuera que lo había liquidado debía haber permanecido escondido en el departamento trasero, descargando la cuchillada desde allí con la mano derecha y extraordinaria fuerza.

—Bueno, Brody —murmuré entre dientes—. En el lugar adonde has ido no creo que puedas chantajear a nadie...

No era probable que llevara encima lo que fuera que poseía contra su víctima, pero para asegurarme registré sus bolsillos. No había absolutamente nada en ellos. Con toda seguridad, el asesino se había cuidado de limpiarlos.

Solamente en el de la chaqueta encontré un trozo de papel arrugado, hecho una bola y no mayor que la superficie de un paquete de cigarrillos. Al desdoblarlo comprobé que había sido arrancado del margen de un periódico. Vi que contenía unas anotaciones escritas a mano y lo guardé para leerlo donde hubiera más luz.

Después de dar un último vistazo al rostro crispado del individuo, abandoné el coche y regresé al mío sin apresurarme. No deseaba llamar la atención de ningún posible noctámbulo.

Antes de alejarme de allí pensé en la conveniencia de llamar al capitán Dempsey para informarle de mi hallazgo. Como es lógico, me dije que Dempsey se empeñaría en saber la razón por la cual yo había acudido a

una cita con Brody… y decidí que todavía no estaba en condiciones de darle semejante explicación, así que conduje durante diez minutos y entonces aparqué el auto frente a un bar.

Entré, pedí un *whisky* y mientras lo servían me encerré en la cabina telefónica.

El policía que respondió a la llamada parecía estar cayéndose de sueño a juzgar por el todo gangoso de su voz.

—Tome nota —dije—. Esquina de Bowman y Cleary Street. Hay un hombre asesinado dentro de un «Ford» gris. Dígaselo al capitán Dempsey.

—¡Eh, un momento! ¿Qué demonios…?

Pareció espabilarse. Colgué y volví al mostrador.

Estuve saboreando el *whisky* durante un rato. Pensé que, de entre todas las situaciones absurdas por las que había pasado a lo largo de mi carrera, aquella podía ostentar el primer puesto con todos los honores.

Pero, después de todo, mi clienta ya no debería preocuparse por el fulano llamado Brody.

Hay gente con suerte, si uno se detiene a pensarlo con detalle.

CAPÍTULO II

Todo lo que yo sabía de mi desconocida clienta era lo que había leído en los periódicos a raíz del accidente de su esposo. La viuda se llamaba Christine Bartlet, era mucho más joven que su marido y su popularidad entre los círculos elegantes había alcanzado una gran altura. A eso se limitaban mis conocimientos de la dama antes de verla.

Después de verla las cosas cambiaron un poco.

Christine Bartlet era una pelirroja natural espectacular como una estrella de la pantalla. Vestía con una exquisita elegancia que ponía de manifiesto hasta el más pequeño detalle de su magnífica anatomía. Sus ojos eran verdes y cálidos, acariciantes casi, pero pude advertir que, en determinadas ocasiones podían volverse acerados y peligrosos. No pasaría de los veinticinco años, y la majestuosa belleza de su figura era capaz de dejar sin aliento a cualquier tipo menos impresionable que yo.

Me recibió con cierta frialdad, tal vez para poner de manifiesto la distancia social que existía entre su altura y mi estatura de pigmeo, comparadas monetariamente.

No obstante me acompañó hasta un aposento cómodo y elegante, impregnado de su perfume, y me ofreció una bebida helada sin que por eso disminuyeran nuestras distancias.

—Estoy impaciente, señor Finney —declaró, entregándome el vaso—. ¿Ha podido convencer a ese hombre de lo absurdo de sus pretensiones?

Bebí un sorbo. Era un *whisky* excelente.

—No ha sido necesario —dije—. Alguien se ha encargado de convencerlo definitivamente.

Parpadeó y se puso tensa.

—No comprendo… ¿quiere decir que la policía lo ha detenido?

Sacudí la cabeza de un lado a otro y gruñí:

—No ha sido la policía…

—¿Entonces…?

—Alguien ha decidido que Brody era un estorbo demasiado molesto. Le han clavado un cuchillo, y le aseguro que el tipo que ha hecho eso sabía cómo manejarlo.

—¡Santo cielo!

Fue todo cuanto dijo durante un rato. Esperé con calma, saboreando el *whisky* y recreándome en su contemplación. Era tan linda que no me hubiera importado que su silencio hubiese durado un par de horas, solo para tener ocasión de admirar la perfección de sus encantos.

Pero reaccionó y murmuró:

—¿Lo ha encontrado usted en el lugar de la cita?

—Seguro. Pero ya estaba muerto. He de decirle que me he retrasado unos minutos a causa del chaparrón que ha caído. No obstante, creo que a las nueve ya lo habían matado, de manera que eso no ha influido para nada en los acontecimientos.

Titubeó, como si no encontrara las palabras adecuadas para expresar lo que la preocupaba. Finalmente, decidió ir directamente al grano y preguntó:

—¿Ha mirado usted… quiero decir… ha registrado sus bolsillos? Tal vez llevaba anotaciones, o…

—Tranquilícese. Sus bolsillos estaban perfectamente limpios, excepto un pequeño papel… Y ahora que recuerdo, todavía no he leído lo que hay anotado en él.

Lo saqué del bolsillo. Tal como ya había advertido antes, era un trozo de periódico. Había el nombre de Brody anotado en él, además de una dirección de la calle Kinnard. Eso me dio que pensar.

—Me parece muy raro que llevase su propia dirección anotada en un trozo de papel —comenté—. Lo sorprendente es que el nombre es el de alguien llamado realmente Brody…

—¿Eso es todo lo que ha encontrado usted?

—Sí.

Suspiró. No supe si con alivio o inquietud.

—Bien, con eso creo que ha terminado su trabajo, señor Finney.

La miré fijo. A cada segundo aumentaba mi interés por ella, y no solo a impulsos de su atractivo.

—Creo que sí —refunfuñé—. ¿Qué supone que ese chantajista tenía contra usted?

—Nada en absoluto. No podía tener nada relacionado con la muerte de mi esposo. La explosión fue accidental. Los peritos lo han afirmado, además, el guardián del club testificó que mi marido había ido solo al yate…

—Sin embargo —comenté—, los chantajistas no actúan sin una base, y menos con una petición tan elevada…

—Estoy segura que ese hombre especulaba con el escándalo. Quizás estaba seguro que yo le pagaría cinco mil dólares para evitar murmuraciones en torno a la muerte de James.

—Es un precio un poco elevado para algo tan problemático…

Se irguió, súbitamente colérica.

—¿Qué pretende usted exactamente, señor Finney?

—Le aseguro que solo trataba de aclarar los móviles reales de ese tipo, Brody, o como se llamara. Todo lo demás no me interesa.

—Me ha parecido advertir que sus comentarios llevaban otra intención, como si realmente usted creyera que yo tenía algo que ocultar con relación

al accidente…

—No se precipite, señora —mascullé, levantándome—. Si yo creyera realmente que usted intervino de cualquier manera en la explosión, no estaría aquí, ahora, hablando amistosamente con usted.

—Sea como sea, ya hemos hablado bastante. ¿Desea cobrar ahora sus honorarios, o prefiere que le remita un cheque?

—Le mandaré una nota y un recibo. Podrá enviarme un cheque, o ingresar el dinero en mi cuenta. Gracias por el *whisky*.

Anduve hacia la salida sin esperar que ella respondiera. Me siguió precipitadamente, aunque no despegó los labios hasta que estuvimos junto a la puerta. Entonces murmuró:

—Creo que no he sido muy amable con usted, señor Finney…

—No tenía por qué ser amable con nadie. He hecho un trabajo y usted va a pagar por él, eso es todo. Buenas noches.

—Espere.

Me volví. Sus ojos verdes volvían a ser cálidos y acariciantes. Toda dureza parecía haber desaparecido de su actitud.

—¿Y bien?

—Antes de que se vaya, señor Finney, deseo decirle algo confidencialmente… solo para que comprenda mi actitud.

—No está usted obligada a confiarme nada que considere reservado. Mi compromiso con usted ha terminado, ¿comprende?

—Incluso así…

—Está bien.

—No estoy en condiciones de soportar un escándalo, por infundadas que sean las razones que se deduzcan para provocarlo —declaró con voz sorda—. Mi esposo murió en un accidente sin la menor duda, pero nuestras amistades saben que nuestras relaciones… bueno, maritalmente quiero decir, eran pésimas. Prácticamente vivíamos separados hace años.

—Ya veo.

—Exacto; si los periódicos comenzaran a hablar de un posible crimen, todo esto saldría a relucir. Se sabría públicamente que estábamos distanciados, que él mantenía relaciones con otras mujeres y que el yate, en realidad, era el escenario de la mayoría de sus orgías. Todo esto pudo mantenerse secreto a raíz del accidente, pero si alguien remueve el asunto forzosamente los reporteros lo publicarán…

—Comprendo. Gracias por su confianza.

Estreché su mano como despedida. Ella retuvo la mía más tiempo del conveniente, sin dejar de mirarme fijamente. Sonrió y murmuró:

—Adiós, señor Finney. Le recordaré con agrado.

Soltó mi mano, salí y ella cerró la puerta. Lo último que vi de su hermosa cara fue la sonrisa cálida y acogedora. Seguí viéndola incluso después de haber abandonado la casa.

CAPÍTULO III

Leí en los periódicos la noticia del crimen. No le daban mucha importancia, pero ponían de relieve que el cadáver todavía no había sido identificado, que el coche dentro del cual fue hallado pertenecía a alguien llamado Moulton y que le había sido robado a última hora de la tarde. La policía trabajaba activamente y tenía ya importantes pistas...

Siempre acababan diciendo lo mismo, aunque lo de las pistas no pasara de simple ilusión.

En cambio, no mencionaban para nada la llamada anónima que había denunciado el crimen; mi propia llamada.

Los dejé a un lado y seguí pensando en algunas cosas muy curiosas respecto al crimen, al intento de chantaje y otros detalles que me intrigaban. Y, por encima de todo ello, en la hermosa viuda.

Resultó una tarde aburrida, de esas que no acaban de pasar nunca. Nadie acudió a mí despacho, de manera que a las cinco cerré la puerta y me largué.

El bar de la esquina estaba concurrido por esa legión de oficinistas que, al igual que yo, habían terminado su jornada de trabajo, con la diferencia de que yo todavía no había trabajado.

Pedí un *whisky* y logré aislarme en un rincón, donde seguí meditando. Por alguna extraña razón, me preocupaba aquel asunto, incluso después de haberlo dejado. Tal vez se debiera a mí instinto de sabueso adquirido a lo largo de años de oficio...

Acabé con la bebida y abandoné el bar. Tenía el coche a cierta distancia y anduve cansinamente en su busca. De manera instintiva, mis dedos enrollaron un trozo de papel dentro del bolsillo. Era el pedazo de periódico donde estaba anotado el nombre de Brody y sus señas.

Cuando me senté ante el volante, saqué el papel y una vez más leí aquella dirección de la calle Kinnard. Después, y casi sin que mi voluntad interviniese para nada en ello, conduje en busca de más conocimientos sobre el amigo Brody.

La calle Kinnard era una arteria retorcida y antigua, contigua al hacinamiento del barrio negro. Las casas tenían las fachadas sucias y con desconchaduras, mostrando los rojos ladrillos de que fueron construidas en una época ya muerta.

Detuve el coche frente al domicilio del tal Brody. Subí las hasta la entrada y allí me detuvo hasta descubrir el cuchitril del encargado de la casa.

Era un hombrecillo con demasiados años, cabello blanco y revuelto y

ojos que brillaban, astutos, detrás de los gruesos cristales de sus gafas. Una prominente y enrojecida nariz le daba un aspecto humorístico.

—Busco a alguien llamado Brody —dije—. Sé que vive aquí y deseo verle...

—¡No me diga!

Cacareó una especie de risita sardónica con su boca sin dientes. No le vi la gracia por ningún lado, pero él añadió:

—Tendrá que buscarlo usted en el infierno con toda seguridad. No puede haber ido a ningún otro sitio un bastardo tan grande como él.

—¿Brody?

—Seguro. ¿No me ha preguntado por él?

—Por supuesto.

—Bueno, está muerto.

Me obsequió con otra risita.

—No lo sabía —mascullé—. ¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Seis o siete días... Se cansó de vivir como un cerdo y acabó ahorcándose.

—¿Qué?

Evidentemente satisfecho del efecto que me habían causado sus palabras, el hombrecillo añadió con entusiasmo:

—Se colgó, usted comprende... Sujetó una cuerda en el garfio de la lámpara y ¡zas! Lo encontramos a los dos días. Estaba más tieso que un palo.

—Ya veo...

—¿Era usted amigo de Brody?

—No lo había visto nunca, pero alguien me dio un encargo para él. Dígame, ¿tenía muchos amigos?

—¡Qué va, hombre! Era huraño y escurridizo como un zorro. Claro que debía serlo para no estar encerrado todo el tiempo...

—¿A qué se refiere?

—Bueno, se dedicaba a robar lo que podía, siempre que no ofreciera demasiado riesgo. Vivía de cualquier manera, husmeando aquí y allá con la esperanza de encontrar algo a que hincar el diente. Ya sabe usted la clase de tipos que son esos.

—Lo sé.

Me intrigó la manera como se habían encadenado los hechos. ¿Por qué el chantajista llevaba en el bolsillo las señas de Brody? Y, lo que era más desconcertante todavía, ¿por qué había adoptado su nombre?

—¿Conoce usted la letra de Brody? —pregunté en una súbita inspiración.

—Seguro. Todavía conservo una nota que me dejó pocos días antes de morir...

—¿Puede traerla?

Por primera vez, su humorismo innato dejó paso a la suspicacia.

—¿Qué demonios anda usted buscando, amigo? No me parece un poli, así que...

—No soy policía, pero tengo un par de dólares que me sobran y tal vez me decida a emplearlos para pagar ese informe.

—Ajá, ese es un lenguaje claro para mí.

Desapareció detrás de una cortina que comunicaba con el interior de su vivienda. Cuando reapareció traía un papel en la mano.

—Me dejó esa nota una tarde, mientras yo estuve ausente. Estaba retrasado en el pago del alquiler.

No me interesaba en absoluto el contenido de la nota, sino la letra. La comparé cuidadosamente con la que yo tenía y comprobé que eran diametralmente distintas. No había entre ellas ni el menor rasgo en común.

La devolví al portero, añadiéndole un par de dólares, y comenté:

—Me había equivocado. ¿Ha venido alguien más preguntando por él después de su muerte?

—Nadie.

—Y el apartamento, ¿ha sido alquilado de nuevo?

—¿Alquilado? Cuando la gente se entera de que en él murió un tipo ahorcado salen de estampida. No quieren saber nada con el piso.

—Es lógico. En fin, eso es todo. Quizá volvamos a vernos otro día...

Ya me dirigía a la puerta cuando el vejete exclamó:

—Siempre que venga con dinero por delante será bien recibido...

Sentado en el coche, estuve unos minutos asimilando lo que normalmente parecían solo coincidencias. Lo que desentonaba en el cuadro, era mi conocimiento de que, andando un asesino mezclado en el problema, las coincidencias raras veces son tales.

Sin saber a ciencia cierta por qué me preocupaba por un problema que en nada me concernía, tomé rumbo al despacho del capitán Dempsey con la esperanza de arrancarle algunos informes sin comprometerme demasiado en el intento.

Quizás, aparte de mi instinto de sabueso, intervino en mi decisión la idea de encontrar cualquier dato que me sirviera de pretexto para ver de nuevo a la hermosa viuda. Al pensar en ella, hube de reconocer que me había impresionado mucho más que todas las demás mujeres que había conocido a lo largo de mi insegura vida.

El capitán estaba en su pequeño despacho, separado de la sala de detectives por una mampara de cristal esmerilado. Enarcó una ceja cuando entré y me dejé caer en una silla.

—Después del tiempo transcurrido sin verle, Finney —comentó con su voz profunda—, casi había llegado a creer que había cambiado de oficio.

—Llevo una temporada de tranquilidad —repliqué—. Todos los casos que me encargan son puramente rutinarios.

—Excepto el último, naturalmente.
—¿El último?
—Eso es, el que le ha traído aquí.
—Oh, eso. No estoy trabajando. Para serle sincero, capitán, le diré que me aburría soberanamente.
Me miró con suspicacia.
—¿Hasta dónde puede creerse eso tratándose de usted?
—Es cierto; no estoy metido en nada. Ayer noche di carpetazo al último caso y hasta que surja otra cosa estoy cesante. ¿Cómo van sus asuntos, Dempsey? He leído que tiene un hermoso fiambre sin identificar entre manos.
—Nada que valga la pena —refunfuñó—. Un ajuste de cuentas con toda seguridad. ¿Le interesa echar un vistazo al cuerpo tal vez?
—¿A mí?
—Quizá piensa que puede identificarlo.
—¿De dónde saca esa tontería?
—Mire, Finney; cuando usted pregunta por un «tieso» de los que tenemos en la «nevera», no puedo menos que ponerme en guardia. Otras veces ha sucedido algo parecido y yo sé cómo ha terminado.
—Tonterías, capitán.
—Vamos a ver, sabueso, ¿qué es realmente lo que pretende?
Esbocé una mueca, como si estuviera incómodo. Me removí en el asiento. Los ojos del policía chispearon triunfalmente.
—¿Y bien, Finney?
Tras una pausa simulé que me daba por vencido.
—Bueno, hay algo que me preocupa, Dempsey, aunque maldito si sé en qué está relacionado con su fiambre.
—Ya lo sabía.
—¿Qué demonios es lo que sabía usted?
—Que llevaba algo en el buche —aclaró, satisfecho de aquella demostración de sagacidad. Y añadió—: Veamos de qué se trata...
—Todo se reduce a una llamada telefónica de un desconocido —expliqué, mintiendo con todo el aplomo de que fui capaz—. Me preguntó si podía contratarme por teléfono, prometiendo pagarme cien dólares por un trabajo que apenas si me ocuparía un par de horas.
—Y usted aceptó, claro —exclamó Dempsey.
—No. Le dije que para comprometerme en una cosa semejante quería tener la seguridad de cobrar, así que le exigí el dinero por adelantado.
—¿Y se lo trajo?
—No, pero me dijo que me pagaría cuando me reuniese con él. También añadió que su nombre era Brody y que me esperaría en un coche «Ford» gris, llevando un banderín deportivo como contraseña. Entonces me pagaría los cien dólares y me diría qué era exactamente lo que yo debía

hacer. Para acabar de convencerme, aclaró que mi misión sería estrictamente como guardaespaldas o algo así...

Comprendí que estaba tan interesado que ni siquiera advertía lo endeble de semejante historia.

—Un «Ford» gris, ¿eh? —refunfuñó.

—Eso dijo el tipo.

—Y usted, ¿acudió a su encuentro?

—Por supuesto. Yo deseaba embolsarme los cien pavos, sobre todo si el asunto se reducía a un trabajo de escolta durante un par de horas.

—¿Y el tipo se llamaba Brody?

—Ese es el nombre que me dio por teléfono. Pudo tratarse de un nombre falso, claro, pero es cuanto me dijo.

—Bueno, ¿dónde se entrevistó con su cliente?

—No llegué a entrevistarme con él —le espeté—. No acudió a la cita.

—¿Cómo fue eso?

—No lo sé. Debíamos encontrarnos en la esquina de Venice y Sawtelle Boulevard. Él no acudió.

—Eso me parece muy extraño...

—Es todo lo que hay. Por eso quería hablar con usted.

—Vayamos por partes —rezongó—. El que el fulano no acudiera a la cita no es motivo suficiente para venir a contármelo a mí. ¿Qué hay en realidad detrás de su visita, Finney?

—¡Caray, pero si está claro! El coche en que me citó era un «Ford» de color gris, con un gallardete en el extremo de la antena. Y el coche en que encontraron ustedes el fiambre responde a estas señas, según he leído en los periódicos. He pensado que tal vez se trata del mismo individuo, y que si no acudió a su cita conmigo fue porque le mataron antes de poder hacerlo.

—Comprendo. Y le dijo que su nombre era Brody...

—Así es.

—Veremos.

Pulsó el botón de un timbre. Instantes después, un agente asomó la cabeza por la puerta. Dempsey ordenó:

—Vea en los ficheros si hay algún dato de alguien llamado Brody. Traiga todo lo que encuentre con ese nombre. Pregunte en «Identificación» al mismo tiempo.

El policía desapareció cerrando la puerta. Dempsey se recostó en su sillón y me examinó sin desprenderse por completo de su suspicacia.

—Sigue intrigándome usted, Finney —me espetó repentinamente, con una sonrisa burlona—. No acostumbra traerme datos con ese aparente desinterés.

—En esta ocasión no hay segundas intenciones, capitán. Si tuviese un cliente a quién proteger las cosas serían distintas, pero ya le he dicho que

estoy cesante.

—Sí, bueno…

Encendí un cigarrillo y durante unos instantes no hablamos en absoluto ni él ni yo. Luego, cuando un policía asomó por la puerta trayendo un legajo de papeles en la mano, me enderecé, interesado.

Dempsey tomó el *dossier* y despidió al guardia. No perdió más de un minuto examinando el contenido de la carpeta.

—¿No le dijo cuál era su nombre de pila ese fulano? —preguntó.

—No.

—Aquí hay algo de un tal Josua Brody…

Imaginé lo que iba a seguir, pero mantuve la boca cerrada.

Él añadió:

—Vivía en la calle Kinnard, un vertedero infecto destinado a derribo…

—¿Vivía?

—Se ahorcó hace una semana.

—¡Atiza!

La suspicacia en su mirada se acentuó.

—Es sorprendente que su presunto cliente le diera el nombre de un ahorcado —gruñó entre dientes.

—Puede tratarse de alguien que se llame Brody, igual que ese suicida. O quizá tenía ese nombre en la mente y me lo soltó sin reflexionar. Usted sabe que cuando un tipo no demasiado inteligente tiene que elegir un nombre falso, generalmente utiliza el de alguien conocido, o famoso… Hasta cierto punto, Josua Brody adquirió celebridad entre sus conocidos al colgarse.

—Es una teoría traída por los pelos, Finney…

—¿No hay ninguna duda acerca del suicidio de ese Josua Brody?

—¿Dudas? En absoluto. Amarró una soga al garfio de la lámpara, en su apartamento, y se colgó utilizando una silla, que derribó cuando hubo pasado la cuerda por su cuello. ¿Qué demonios está cociéndose en su retorcida mente, Finney?

Creí llegado el momento de soltar el cartucho que había estado guardándome, con la seguridad de que el capitán haría para mí un pequeño trabajo después de escucharme.

—Bueno —dije—, me intriga que el tipo que me llamó utilizara el nombre de un ahorcado. Y hay algo más —añadí hablando despacio y con claridad—; según el periódico, el coche dentro del cual fue encontrado el cuerpo había sido robado a última hora de la tarde de ayer, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Bien, mi desconocido comunicante me citó para las nueve y media. Pero cuando me llamó apenas si eran las seis de la tarde, hora en que todavía no había sido robado el coche. ¿Cómo sabía el tipo que iba a utilizar aquel coche precisamente? Aunque le hubiera echado el ojo, no

podía estar seguro de poder robarlo hasta el extremo de disponer de él con antelación.

Achicó los ojos y se puso rígido.

—Ahora me parece que ha dicho usted algo —refunfuñó—. Si todavía no tenía el coche cuando habló con usted, indica que por lo menos estaba *absolutamente* seguro de que podría disponer de él a la hora de su cita…

—Eso es.

—Creo que sostendré otra charla con el propietario de ese auto…

—¿Le han pedido que identifique el cadáver?

—Naturalmente, aunque ha declarado no haberlo visto en su vida.

—Puede haber mentido…

Dempsey me miró, esbozó una sonrisa que semejó una mueca, y, levantándose, gruñó:

—Seguro; puede haber mentido… pero ahora dirá la verdad sin la menor duda. Le agradezco su visita, Finney. Por una vez se ha portado usted con decencia.

—Siempre me porto bien con usted, aunque no lo sabe apreciar.

—Ya le informaré del resultado, si es que encuentro algo que valga la pena.

Estrechó mi mano y me demostró que, cuando estaba ocupado, no le gustaba perder el tiempo. Me dejó plantado a la salida de la sala de detectives y desapareció como un torbellino. «Bueno, pensé, veríamos qué sacaba de verdad de una fábula como la que yo acababa de endosarle».

Busqué un restaurante cercano y cené con apetito. Me sentía bien, quizá a causa de la satisfacción de que, por una vez, la policía trabajaría para satisfacer única y exclusivamente mi curiosidad.

No obstante, todo el tiempo que permanecí en el establecimiento no dejé de pensar en Christine Bartlet, en su inquietante belleza y en el intento de chantaje.

Cuando regresé al coche decidí que podía perder todavía un par de horas. No tenía otra cosa que hacer, excepto meterme en un cine y para eso la noche era demasiado calurosa, así que conduje sin prisas hasta las inmediaciones de la casa donde vivía la que, por un par de horas, había sido mi clienta.

Allí estacioné, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar.

CAPÍTULO IV

A las cinco y cinco minutos apareció en la puerta, escoltada por un hombre apuesto y ataviado con ropas de magnífico corte. Mi primer vistazo fue para Christine Bartlet. Lucía un modelo oscuro y ceñido que nada tenía que ver con el luto. Y, si eso era posible, estaba más sugestiva que cuando la viera por primera y única vez.

Su acompañante la tomó del brazo y ambos anduvieron hacia un *Cadillac* impresionante. Cuando el coche se puso en marcha lo seguí desde cierta distancia, preguntándome quién demonios sería el maduro galán de mi dama.

No se detuvieron hasta *The Globe,* uno de los más refinados restaurantes y clubs nocturnos de la ciudad, tan famoso por su cocina como por sus precios astronómicos.

Esperé a que desaparecieran en el interior antes de entrar a mí vez. Había un pequeño vestíbulo, un guardarropía a la derecha y un arco protegido por pesados cortinajes que comunicaba con el interior.

Atravesé los cortinajes, localicé el bar y anduve hacia él con la esperanza de que lo de los precios astronómicos fuera una calumnia.

Desde la barra pude ver cómo un *maître* impecable acomodaba a la pareja a una de las mesas reservadas, situada estratégicamente cerca de la pequeña y brillante pista.

Pedí un *whisky* y agua por separado. Contemplé disimuladamente cómo en la mesa de Christine dos camareros se afanaban con los preparativos de la cena. Bebí parte del *whisky*, para que durara más tiempo, y lo regué con un poco de agua. Me extasié con algunas de las atracciones que aparecieron en la pista, para deleite de los tipos solitarios y aburridos como yo, y al fin no me quedó más remedio que apurar el resto del estupendo *whisky*.

Entonces hice una seña a un apresurado camarero. Con discreción, le indiqué la mesa de la pareja y pregunté:

—¿Conoce al individuo que la ocupa?

—Lo único que sé es que la mesa estaba reservada a nombre del señor Jamieson. Ese caballero ha venido otras veces a cenar aquí.

—¿En compañía de esa dama?

—No puedo decírselo... tal vez sí o tal vez no. Pero con cierta frecuencia está acompañado de otros caballeros.

—Ya veo...

El fulano tendió la mano con desfachatez y no me quedó otra alternativa que depositar mi donativo en ella.

Jamieson, pensé; el nombre me era conocido, aunque no podía recordar de dónde o de qué. Vi que empezaban a serviles la cena, de manera que allí ya no me quedaba nada por hacer. Indudablemente, la pareja pensaban pasar la velada en *The Globe.* Llamé al mozo y aboné mi *whisky*. Comprobé con un sobresalto que el asunto de los precios no tenía nada de calumnioso. Verdaderamente, eran un atraco.

Me largué, cada vez más interesado por la bella señora Bartlet. Tomé el coche y emprendí el regreso a la ciudad conduciendo sin prisas, admirando el paradisíaco paisaje que se dominaba desde la carretera. A un lado se elevaban las suaves colinas, salpicadas de luces pertenecientes a las lujosas residencias de los mimados por la fortuna. Al otro, el mar en calma reflejaba el brillo del firmamento como si los millares de estrellas estuvieran tomando un baño a la luz de la luna. Un paraje delicioso.

Salí de esa contemplación cuando descubrí el gran rótulo luminoso, recortado contra la oscuridad por su luz fluorescente:

Club Náutico, rezaba.

Instintivamente, reduje la marcha y acabé estacionando el coche en el espacio destinado a aparcamiento, pero en la parte exterior de la verja que protegía sus instalaciones de los intrusos. Después, anduve hacia la entrada sin saber a ciencia cierta por qué me había detenido allí.

Había un guardián en una garita iluminada, a un lado de la gran entrada. Le di las buenas noches, encendí un cigarrillo con toda calma y finalmente le espeté:

—¿Estaba usted de servicio la noche que estalló el yate del señor Bartlet?

Noté cómo se ponía en guardia. Debía estar cuidadosamente instruido al respecto.

—En efecto —dijo de mala gana—. Pero los empleados tenemos prohibido hablar de este asunto. Al club no le gusta la curiosidad de los periodistas, así que ya lo sabe.

—No soy reportero, amigo. No obstante, me interesa conocer algunos detalles sobre ese suceso.

—Entonces está perdiendo el tiempo conmigo. No deseo jugarme el empleo para satisfacer su curiosidad.

—Me parece una actitud absurda. Todo el mundo sabe que fue un accidente, de manera que no veo dónde está el peligro de escándalo.

—Nadie ha hablado de escándalo. Solo se trata de proteger la reputación del Club. Este es un lugar selecto, ¿comprende? A los socios no les gusta que la gente aparezca por aquí metiendo las narices, cosa que sucede cuando los periódicos levantan polvareda alrededor de cualquier suceso. Y creo que ya he hablado bastante. Váyase, por favor, y no me comprometa, ¿está claro?

—Bien, no deseo perjudicarle, naturalmente.

Inicié la retirada, pero me detuve al primer paso y le espeté de repente:

—¿Ha venido el señor Jamieson esta noche?

—No, pero acostumbra venir más tarde en todo caso. ¿Es usted amigo de él?

—Precisamente. Buenas noches.

Así que el tal Jamieson también era socio del club, y acostumbraba ir por allí a horas avanzadas de la noche. Claro que podía reunirse con sus amistades en el bar. Me pregunté si entre esas amistades se contaba el fallecido Bartlet.

Hubiera deseado formular unas cuantas preguntas más al portero, pero temí despertar sus sospechas, así que volví al coche y emprendí definitivamente el camino del centro.

Aquella noche me acosté con la vaga sensación de estar haciendo el tonto al dar tantas vueltas por un asunto que no me interesaba nada, profesionalmente hablando. Estuve pensando en Christine y en su acompañante, en el nombre de Jamieson y eso me desveló.

Salté de la cama y busqué entre el montón de periódicos atrasados los que hacían mención al accidente del yate. Allí encontré lo que necesitaba para librarme de la incertidumbre provocada por el nombre de Jamieson.

Este había sido el socio de James Bartlet en el negocio de los transportes. Según indicaba el diario, la empresa de transportes era una de las más potentes del estado. Su flota de camiones se extendía por California y los estados vecinos con perfecta regularidad, había sucursales de la compañía en las principales poblaciones. Además de eso, Jamieson y Bartlet controlaban también dos o tres fábricas de helados, equipadas con los más perfectos medios de fabricación, y cuyos productos eran distribuidos por una flotilla de camionetas pertenecientes igualmente a su compañía de transportes.

Hasta aquí todo era normal, excepto quizá si uno se detenía a pensar en las consecuencias de la muerte de uno de los socios. Su parte en el negocio pasaría seguramente a la viuda, la hermosa Christine... y sí, subiéndose por las ramas de las elucubraciones, uno se imaginaba al socio superviviente conquistando a la hermosa viuda, el resultaba era capaz de producir dolor de cabeza.

Acabé arrojando los periódicos a un lado y regresando a la cama. Cuando puede quedar dormido ya no me sentía tan bien como durante el viaje de regreso a la ciudad.

Pero soñé con Christine y eso compensó en parte lo otro.

A la mañana siguiente me aburrí un par de horas en el despacho. Hacia el mediodía, compareció un tipejo apesadumbrado porque su esposa me pidió que la buscara. Solo deseaba que ella volviese a su lado, no le importaba nada del dinero, según aseguró...

Acabé recomendándole a un detective especializado en esta clase de

asuntos domésticos y me lo quité de encima con buenas palabras. No creo que se fuera muy convencido.

Después llamé al capitán Dempsey, pero me dijeron que estaba ausente y no sabían cuándo regresaría a su oficina. Contrariado, acabé abandonando la mía y me fui al bar de la esquina.

El *whisky* tampoco me alegró el día, así que hube de reconocer que mi pésimo humor obedecía a otras causas muy distintas de las que quería reconocer.

Volvía al despacho y telefoneé a Christine Bartlet, no muy seguro de lo que iba a decirle.

Su voz aterciopelada resonó igual que música en mis oídos.

—Habla Finney, señora Bartlet —anuncié.

—Reconozco su voz… Si me llama a causa de sus honorarios, todavía no he recibido su factura.

—No estaba pensando en los honorarios —exclamé—. Solamente, me preguntaba si todo iba bien…

—Sí, naturalmente… Leí la noticia en los periódicos, señor Finney. Debió ser horrible descubrir aquel cuadro…

—No resultó agradable. Bien, ¿nadie ha vuelto a molestarla?

—En absoluto. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Podría decirle que solamente como pretexto para escuchar su voz, pero mentiría a medias.

Me obsequió con una risita divertida.

—¿Qué clase de detective es usted, señor Finney? Me pregunto si después de terminar un trabajo siempre sigue preocupándose por sus clientes…

—Solo cuando son como usted.

Otra vez se río. Estaba burlándose de mí, claro, pero incluso así no parecía dispuesta a colgarme el teléfono. En lugar de eso indagó:

—Dice que mentiría a medias… ¿qué otra razón le ha impulsado a llamarme?

—Bien, en ciertas ocasiones los chantajistas operan por parejas. Ya sabe, tienen cómplices. No es descabellado suponer que el nuestro tuviera un socio, en cuyo caso podría seguir molestándola.

—Eso sería terrible —murmuró—. Sin embargo, nadie ha dado señales de ningún chantaje.

—Bueno, eso es cuanto había de inquietante en mi idea. Lamento no tener otros motivos para charlar con usted.

—Señor Finney —me espetó—; resulta usted divertido a veces…

Decidí dejar de ser divertido y le pregunté directamente:

—¿Se benefició su amigo Jamieson con la muerte de su esposo, señora Bartlet?

—¿Cómo se atreve…?

Había indignación en su voz, pero la pasé por alto y añadí:

—Es solamente una pregunta sin otras intenciones. ¿Le importaría responderla?

—¡Es usted un…! —seguramente no encontró palabras lo bastante fuerte con que expresar lo que opinaba de mí y optó por colgar el auricular violentamente.

Lamenté haberla enfurecido, pero seguí pensando en Jamieson y en su apuesta presencia, a pesar de sus cuarenta y tantos años.

Entonces se abrió la puerta y entró el capitán Dempsey. Me pareció cansado y soñoliento. Lo demostró con la manera como se hundió en una butaca. Suspiró larga y profundamente.

—Usted me dio una condenada idea cuando estuvo a verme —refunfuñó.

—¿Moulton?

—Seguro.

—¿Qué hay de malo en mi sugerencia?

—Ya le contaré…

Sacó un paquete de cigarrillos, llevóse uno a los labios, vio que el paquete quedaba vacío y lo estrujó furiosamente en su mano, arrojándolo luego a la papelera. Tras encender el cigarrillo rezongó:

—Estuvimos la mayor parte de la noche tratando de localizar a ese Moulton, el dueño del *Ford* gris. Otra maldita noche sin pegar un ojo…

—¿Y bien, le ha apretado las clavijas?

—No se le pueden apretar las clavijas a un cadáver, Finney. Me enderecé en el sillón, súbitamente alerta.

—¿Cómo murió?

—A golpes.

—¡Diablos!

—Sí, diablo —refunfuñó—. Debiera usted haber visto lo que hicieron con él. Estuvieron «trabajándolo» con esos condenados puños de bronce hasta que se les fue la mano. Imagino que solamente tenían intención de propinarle una paliza, pero se pasaron de rosca y uno de los golpes le dio en la sien con tanta fuerza que lo dejó seco.

—Me parece mucha casualidad que se lo hayan cargado, precisamente después de que otro individuo fuera asesinado en el coche de Moulton… ¿Qué opina usted, Dempsey?

Hizo un leve gesto de fastidio antes de hablar.

—No sé qué opinar. Quisiera estar seguro del terreno que piso. También me gustaría tener la completa seguridad de que, todo lo que usted me contó, es cierto y que no esconde otras intenciones en su brillante cerebro… en realidad —añadió, de mal talante—, me gustarían otras muchas cosas en relación con esos dos crímenes.

—No me pregunte a mí. No sé nada en absoluto excepto lo que le

conté. Y no hay razón alguna para que dude de mí esta vez.

—Quizá no. Bueno, tengo otra noticia, ya que usted fue tan amable. Hemos identificado al tipo del coche.

—¿El que murió apuñalado?

—¿A qué otro puedo referirme? Se llamaba Benjamín Hertz. La policía de San Francisco lo tenía fichado como chantajista.

—Ya veo. Eso le quita una preocupación, ¿eh?

—Hasta cierto punto. Falta descubrir a quién estaba «exprimiendo» esta vez y tendremos al criminal.

Estuvimos hablando un poco más de los recientes sucesos, sin Dempsey seguía creyendo a pies juntillas lo que le había contado respecto a mí supuesta conversación telefónica con el tal Hertz, y, poco después, tras despedirse con aire cansado, se fue jurándome que iba a meterse en cama una semana seguida.

Lo puse en duda, cerré la oficina y me largué, más intrigado cada vez.

CAPÍTULO V

Aquella tarde, después de las cuatro, recibí la visita de una persona del tipo que uno está seguro de no ver jamás en el despacho de un detective privado.

Era una mujer con más de sesenta y cinco años a cuestas, gastada por el trabajo y las privaciones hasta el extremo de que su piel era un pergamino amarillento y lleno de arrugas. Vestía de negro y tenía una mirada húmeda y suplicante, como de perro hambriento.

Me quedé unos instantes sin saber qué actitud adoptar con ella viéndola atravesar el despacho con pasos menudos y titubeantes. Pero avanzó y no se detuvo hasta estar junto a mí mesa.

—¿Usted es el detective? —preguntó, con un fuerte acento italiano.

—Me llamo Finney —dije—. ¿No quiere sentarse?

Sus ropas eran viejas y delataban algún que otro remiendo, primorosamente hecho. Entre sus sarmentosos dedos sostenía un bolso de grandes dimensiones, tan viejo como ella misma.

Se acomodó sobre el borde de la butaca. Siguió mirándome con sus ojos suplicantes.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora?

—Yo no sé —murmuró—. Nunca estuve en un despacho de policía…

—Este no el despacho de un policía —le aclaré pacientemente—. ¿Cuál es su nombre, señora?

—Frascati, Lucía Frascati. Yo… nosotros vinimos a este país después de la guerra, ¿sabe?

—Está bien, señora Frascati; pero todavía no me ha dicho en qué puedo ayudarla.

—Es a causa de Ana…

—¿Ana?

—Mi niña.

—¡Oh! Comprendo.

Movió la cabeza.

—Ana se fue. No sé nada de ella… Antes siempre mandaba dinero, algunos dólares para su vieja mamá. Ahora… ahora no sé nada de mi niña.

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Bueno, veinte y… Eso es; veinticinco.

—Ya veo. ¿Usted quiere que yo la busque?

—Sí.

—¿Y ha desaparecido?

—Sí.

—¿No le dijo a usted que pensaba marcharse de casa?

—No vivía en mi casa. Mi casa es pequeña, vieja...

Ella tenía un piso...

—¿Dónde?

—No sé. Nunca me dijo.

—Bueno. ¿No le habló de que pensara marcharse de la ciudad?

—No.

—¿Cuánto la vio por última vez?

—Hace mucho tiempo... dos... tres meses...

—¿Y cómo no se le ha ocurrido buscarla hasta ahora, señora?

—Usted no sabe... La vi hace tres meses... puede que más tiempo. Pero ella estaba aquí hace tres semanas. Tres, ¿comprende? Me mandó dinero y algunas cosas.

—Comprendo.

—Ahora no sé nada de ella. Prometió que vendría a verme... no ha venido. Sé que le ha sucedido algo...

—No se inquiete. Tal vez encontró a alguien de su agrado y se fue de viaje...

—No, no —insistió tercamente—. Habló por teléfono. Me dijo que vendría. Me mandó dinero y otras cosas que yo debía guardarle hasta su vuelta. Dijo que vendría a buscarlas... No ha venido.

—Bueno, tranquilícese. ¿No ha pensado recurrir a la policía? Ellos tienen un departamento especializado en la búsqueda de personas desaparecidas. Poseen medios poderosos para encontrar a la gente. Yo trabajo solo, ¿comprende?

—No, policía no. Usted sí. Mi hija dijo una vez que usted era mejor que los policías...

—¿Cuándo dijo eso?

—Hace mucho tiempo. Ella leía el periódico... escribían cosas de usted. A mi Ana le gustó.

—Ya veo. Pero sigo insistiendo en que la policía tiene más probabilidades que yo de encontrar a su hija.

—No, policía no —insistió, aferrando el gran bolso como si temiera perderlo.

—¿Por qué no? Recuerde que yo cobro por mí trabajo. Ellos las ayudarán sin que le cueste un centavo.

Sacudió la cabeza de un lado a otro con energía.

—No quiero policías —murmuró—. Mi Angelo odia a los policías.

—¿Tiene un hijo llamado Angelo?

—Sí... Es el pequeño. Ana es mayor.

—Veamos si entiendo esto —refunfuñé—. Su hijo Angelo odia a los policías y a causa de eso usted no desea recurrir a ellos. ¿No es así?

—Tiene razón...

—Es absurdo…

—Angelo no es bueno, señor. Yo soy su madre y le digo que no es bueno… vive de noche, siempre de noche. Yo le digo que es malo y él se ríe. Vienen sus amigos y se van todos… Son malos, señor. No escucha a su vieja madre.

—Ya veo… Teme que la policía meta las narices en los asuntos de su hijo si interviene en la búsqueda de Ana. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Angelo es mi hijo, aunque sea malo.

Seguía mirándome con sus grandes y viejos ojos de perro apaleado. Intenté encontrar la manera de desprenderme de ella sin comprometerme en el trabajo que quería encargarme. Pero había tanta angustia en su mirada, tanta impotencia ante un mundo extraño para ella, que no encontré valor suficiente para hacerlo.

—¿Sabe Angelo que ha venido a verme? —quise saber antes de seguir adelante.

—¡Oh, no! Se pondría furioso.

—Pero quizá él sepa algo de su hermana. Quizá ella le dio a entender que pensaba marcharse de aquí y…

—Angelo no sabe. Yo le he preguntado muchas veces. No sabe nada de Ana. Se pone furioso cuando le hablo de ella… dice que mi Ana es… ¿Usted sabe, señor? Dice que no es buena…

Me recosté en el sillón y suspiré. Algo había que hacer por aquella mujeruca débil y sola.

—Está bien, señora Frascati. Veré si puedo encontrar a su hija… Pero necesito más datos, y una fotografía de ella. También la de interrogar a sus amigos, si es que usted los conoce.

—Tengo una fotografía —anunció con voz que tembló. Estuvo revolviendo dentro del enorme bolso y acabó por sacar una fotografía que me tendió—. Es bonita mi Ana… Vea usted…

—Lo es.

No exageraba al decirlo. Tenía ante mí una fotografía de medio cuerpo de una mujer impresionante. Sus grandes ojos tenían una mirada vivaracha y descarada. Era de las mujeres más atractivas que yo había contemplado nunca, a pesar de que la fotografía dejaba mucho que desear.

—Eso ayudará —comenté—, pero es preciso que sepa más cosas de su hija. Por ejemplo, ¿usted no conoce la dirección de su piso?

—No. Nunca quiso decírmelo… ¿sabe usted? Yo pienso que ella se avergonzaba de mí. Decía que sigo pareciendo una campesina de la vieja Sicilia…

Sentí un ramalazo de pena por la pobre vieja.

—Tal vez Angelo lo sepa —insinué.

Sacudió la cabeza.

—Él no sabe.

—¿Cómo acostumbraba mandarle el dinero?

—Por correo.

—Vamos a ver si eso nos facilita las cosas. ¿Cómo lo recibía usted? —pregunté pacientemente.

—El cartero traía un aviso. Yo iba a la oficina de Correos de la Plaza Marcus, en Venice. Entregaba el aviso y me daban el dinero.

—Bien, eso me permitirá encontrar la dirección de su hija sin la menor duda. ¿Cuándo recibió usted dinero por última vez?

—Hace… sí, un mes…

—¿A nombre de Lucía Frascati?

—Es mi nombre. Me mandaba el dinero a mí.

—Bien, deme sus señas y tan pronto averigüe el paradero de su hija la avisaré, o si me es imposible encontrarla se lo haré saber igualmente.

Suspiró, aliviada. Volvió a rebuscar dentro del bolso y extrajo algunos billetes de un dólar.

—Yo sé que usted debe cobrar dinero… he traído once dólares. Le pediré más a Angelo y…

—Guarde ese dinero —exclamé, casi abruptamente—. Cuando termine ya le diré lo que debe usted pagarme. ¿Conforme?

Guardó cuidadosamente los billetes. Debían ser los únicos que tenía. Después, y tras asegurarme que no conocía a ningún amigo de su hija, se fue con su gran bolso, sus achaques y su pena.

Miré una vez más la fotografía de la sugestiva morena y me dije que, después de todo, aquella podía convertirse en mi buena obra del año.

Cerré la oficina y me largué en busca de un *whisky* y del coche.

CAPÍTULO VI

El empleado de la estafeta de Correos me escuchó con aire distraído. No había necesidad de andarse con embustes en un caso de aquella naturaleza, así que le dije la verdad respecto a la desaparición de la muchacha, la ansiedad de su madre, y acabé exponiéndole:

—He pensado que en el resguardo que queda en Correos deben existir las señas de la persona que impone el envío de dinero, de manera que eso me permitirá localizar el domicilio de esa chica. ¿Cree que puede usted ayudarme?

—Seguro. Dice usted que hace un mes fue hecho el último envío, ¿no es así?

—Puede haber una diferencia de un par de días en más o en menos. La pobre vieja no estaba muy segura.

—Veré si lo consigo... afortunadamente, a esta hora hay poco movimiento aquí.

Habló con otro muchacho que clasificaba correspondencia al otro lado de una enorme mesa, y él desapareció en busca de lo que le había pedido.

No tardó mucho en regresar. Traía un papel, que me entregó a través de la ventanilla.

—Ahí tiene —dijo, satisfecho—; le he anotado la dirección y el nombre de la mujer que mandó el dinero.

El nombre era Ana Frascati, y la dirección correspondía a cierto hotel llamado *Premier*.

Le di las gracias, volví al coche y emprendí el camino del hotel en cuestión.

Resultó uno de esos lugares que alquilan pequeños apartamentos, compuestos por una habitación con cama plegable, que durante el día se convierte en salita y comedor todo a la vez, un cuarto de baño y una diminuta cocina, además de un trastero en el que apenas si caben las maletas del inquilino.

Pude darme cuenta a las primeras de cambio que el ambiente del lugar no era precisamente el más adecuado para señoritas, a pesar de que la mayoría de apartamentos estaban alquilados por damas de dudosos medios de vida.

—Aquí no se aloja nadie llamado así —me espetó el encargado en respuesta a mí pregunta.

—Estoy seguro que esa muchacha vive aquí —insistí—. Y sé que su nombre es Ana Frascati, aunque tal vez lo haya cambiado de un tiempo a esta parte...

Saqué la fotografía y la deposité el gastado mostrador. Junto a la foto coloqué un billete de dólar.

El hombre se apoderó del billete y deslizó una mirada casi indiferente por encima de la fotografía.

—Esa es Kitty Dusty —gruñó—, y no me importa si ese es un nombre falso o no.

—¿Kitty Dusty? Opino que sale perdiendo con el cambio —dije con ironía—. ¿Está en su apartamento ahora?

—Se marchó de viaje hace algunos días. Dejó pagado el alquiler por dos meses, de manera que si piensa esperarla va a perder lastimosamente su tiempo.

—No se precipite. ¿Adónde se fue?

—Regístreme. No les pedimos tantas explicaciones a esas pájaras.

El individuo estaba destapándose. Comencé a sentir cierto cosquilleo en los dedos. Me hubiera gustado aplastarle la nariz.

—A juzgar por su manera de hablar, este no es precisamente un lugar selecto —rezongué—. ¿Qué visitas recibe esa chica cuando está aquí?

—No llevamos control de sus visitantes —rio entre dientes y añadió—: Si por cada una de ellas hubiéramos de llevarlo necesitaríamos una contabilidad tan complicada como la de Rockefeller.

—Ya veo, pero con su manera de responder está desperdiciando otro par de *pavos,* tipo listo.

Eso consiguió hacerle cambiar de actitud como por ensalmo.

—*Okey,* amigo; pregunte —murmuró.

—Todas las muchachas que viven como parece ser que vive esa Kitty Dusty, suelen tener algún amigo fijo...

—Seguro, y en la mayoría de los casos les sacan los cuartos a ellas —espetó, interrumpiéndome.

—¿Tenía ella esa clase de sanguijuela?

—Que yo sepa no. Realmente, es una chica un tanto esquiva... no parece aficionada a conservar amistades.

—Pero recibe amigos en el apartamento.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Hace dos o tres meses —aclaró—. Parece que encontró un buen filón, de manera que dejó de recibir a nadie. Incluso acostumbra pasar semanas enteras fuera.

—¿También deja pagado el alquiler en esas ocasiones?

—No, porque solo se trata de algunos días de ausencia. Solo esta vez lo ha hecho, porque pensaba estar ausente más tiempo.

—Ya veo. Me gustaría que pudiera decirme usted algo respecto a ese supuesto «filón».

—En eso sí que estoy a oscuras. Todo lo que sé es que debe ser alguien

importante. Ella ha cambiado radicalmente, ya sabe a qué me refiero... Vestidos de lujo, abrigos caros, joyas... Y a menos que esté equivocado, un apartamento en alguna parte. Sacó varias maletas de aquí a raíz de su cambio de posición. También se llevó libros y otras cosas que tenía arriba.

—¿Cómo se llevó todo eso? ¿Vino alguien a buscarla en coche?

—No; utilizó un taxi.

—Antes de emprender ese viaje, ¿notó algo raro en ella? Quiero decir, si su actitud delataba nerviosismo, alegría o tristeza... En fin, ya sabe qué quiero decir.

—Bueno, ahora que lo menciona, creo que estaba nerviosa, o quizá sería mejor decir excitada, como si emprender el viaje fuera algo sumamente importante para ella.

—Comprendo. ¿Qué equipaje se llevó?

—Solo una maleta grande y un maletín.

—¿También utilizó un taxi en esa ocasión?

—Seguro. Yo mismo lo llamé en la calle.

—¿Algún taxista conocido?

—No; el primero que pasó.

—Mala suerte...

—¿Qué hay de los dos dólares, amigo?

Se los entregué distraídamente. Había algo en el comportamiento de la muchacha que no me gustaba. Quizá fuera su repentino cambio de suerte y de costumbres, o su manera un tanto precipitada de emprender aquel viaje...

O, pensándolo bien, tal vez la posible existencia de otro apartamento en la ciudad, donde pasaba los días que permanecía ausente del suyo en el hotel.

Entonces miré especulativamente al empleado y le solté con aire pensativo:

—Me pregunto si le gustaría embolsarse un «pápiro» de cinco esta vez.

Sus ojillos relucieron de codicia.

—Haga la prueba y verá.

—Todo lo que tiene que hacer es dejarme dar un vistazo al apartamento de Kitty.

—Ya me parecía a mí que no iba a ser tan fácil... Ni hablar de eso. Podría costarme el empleo.

—No exagere. ¿Quién iba a saberlo?

—Prefiero no correr el riesgo...

Le mostré los cinco dólares. Titubeó, retorciéndose las manos. Estuvo unos instantes sin pronunciar una palabra, seguramente aguardando a que yo añadiese unos dólares más a la oferta. Pero de momento estaba gastándome mi propio dinero, así que me mantuve firme y él acabó por ceder.

—Desde luego —gruñó finalmente—, le dejaré entrar en el apartamento, pero yo estaré presente. No quiero correr más riesgos de los necesarios.

—*Okey,* todo lo que quiero es dar una mirada a los papeles de la chica, si es que guarda algunos arriba.

Sacó una llave maestra y me acompañó hasta el apartamento de Kitty, o Ana Frascati, para usar su verdadero nombre.

Tras asegurarse que no había nadie en todo el pasillo, el hombre introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y murmuró con acento apremiante:

—¡Rápido, entre antes que aparezca alguien!

Entré y él me siguió de un salto. Cerró y escuché su respiración agitada en la oscuridad.

—Un momento, que encienda la luz —balbuceó.

La encendió y ambos ahogamos una exclamación de estupor. Todo el pequeño piso aparecía revuelto salvajemente. Los cajones estaban fuera de los muebles y su contenido esparcido igual que si hubiera pasado un huracán sembrando el destrozo y la confusión. La cama estaba bajada y el colchón hecho trizas...

Mi acompañante gimió, horrorizado ante aquel cataclismo.

—¡Me costará el empleo! —lamentóse—. ¿Cómo van a creerme cuando diga que no sé quién ha hecho esto?

—¿Y no lo sabe?

—¡Naturalmente que no! ¿Por quién me toma? Ya ha visto que para permitirle entrar he querido estar presente...

Di unos pasos por entre el caos de ropas y trastos desparramados por el suelo. Era inútil buscar nada, especialmente no sabiendo exactamente qué esperaba encontrar.

—Larguémonos de aquí —decidí—. No vale la pena perder más tiempo con eso.

Salimos; él visiblemente trastornado. Mientras descendíamos las escaleras refunfuñó:

—Seguro que eso fue cosa de aquel par de bastardos...

—¿De quién?

—Vinieron dos tipos interesándose por la chica. Tenían mucho interés por saber dónde estaba, pero se marcharon cuando les convencí de que Kitty estaba de viaje. Debieron regresar aprovechando un descuido mío para colarse arriba...

—¿Y cómo salieron, gracias a otro descuido, suyo, amigo?

—Pudieron hacerlo por la escalera de incendios que hay en la fachada trasera...

—Ya veo. ¿No había visto nunca a esos dos hombres?

—No hasta aquella tarde. Eran dos tipos grandotes y con malos

modales. No soltaron ni un centavo, los muy roñosos...

—¿Los conocería si volviera a verlos otra vez?

—¡Caray, seguro que sí! ¿Cree que volverán por aquí?

—Es posible, si todavía buscan a Kitty. ¿No se le ocurre el nombre de alguien que pueda saber el paradero de la muchacha?

—No, ya le he dicho que de un tiempo a esta parte no recibía a nadie arriba. Quizá Geny, pero lo dudo. Kitty no solía hacer confidencias a nadie.

—¿Quién es Geny?

—Una amiga de Kitty. Vive en el apartamento cincuenta y seis, en el décimo piso.

—¿Está arriba ahora?

—No lo sé. ¿Quiere que pruebe a comunicar con ella por teléfono?

—Hágalo.

Se deslizó detrás del mostrador, pero antes de manipular en la centralita telefónica me espetó:

—Aunque no haya podido registrar el apartamento, yo he cumplido mi parte del trato...

Le di los cinco dólares y mentalmente los anoté en mi cuenta de pérdidas. No tenía muchas esperanzas en cuanto a cobrar de mi apergaminada clienta.

El conserje estuvo llamando por teléfono hasta que alguien le respondió.

—¿Es usted, Geny? —graznó—. Hay alguien que desea verla... Sí, está aquí... A ver, espere un minuto.

Apartó el auricular, tapándolo con la otra mano, y preguntó:

—Ella quiere saber quién es usted y cuál es su nombre.

—Finney.

Lo repitió por el aparato. Luego protestó:

—No quiere decírmelo, pero tengo la impresión que se trata de algo importante.

Me guiñó un ojo, escuchó unos instantes y tras despedirse colgó.

—Puede subir —anunció—. Pero no estaba muy dispuesta a recibirle, amigo. Es una chica muy suspicaz.

—¿Linda?

—Una muñeca, no le digo más...

No era exactamente una muñeca. Poseía un tipo generoso en agresivas curvas y estaba dotado de un movimiento que ninguna muñeca puede adoptar.

Su cara provocativa y hermosa me contempló desde el umbral, sin parecer muy dispuesta a dejarme entrar.

—No le conozco a usted —murmuró con voz un poco ronca—. Y le diré que tampoco me gusta recibir desconocidos aquí.

—Si me permite entrar y presentarme dejaré de ser un desconocido.

Avancé resueltamente, de manera que ella se vio obligada a cederme el paso para evitar que la apartase de un empujón.

—No me gustan tampoco sus modales —me espetó.

—Ese es un detalle sin mayor importancia. Mi nombre es Jack Finney, soy detective privado y ando buscando a Kitty Dusty. ¿Es suficiente eso para que deje de considerarme como un desconocido?

—Déjeme ver sus papeles. Ha habido tipos que han inventado historias todavía más fantásticas para colarse aquí dentro.

Le dejé que examinara mis documentos con todo detalle. Al devolvérmelos había una expresión interrogante en sus ojos oscuros.

—¿Quién le ha encargado buscar a Kitty? —quiso saber.

—Su madre. Está muy inquieta por esa desaparición.

—Comprendo. Siéntese si quiere.

Lo hice y encendí un cigarrillo, mientras se quedaba a cierta distancia mirándome con suspicacia.

—Desde luego —dijo—, no sé el paradero de Kitty si es eso lo que esperaba que le dijera.

—¿No le confió sus planes antes de marchar?

—No. Es muy reservada para estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Bien, nunca hace confidencias, excepto cuando tiene uno de sus arrebatos de tristeza. Entonces siente tanta amargura por su propia suerte que una puede sacarle lo que quiera.

—¿La sorprendió usted en uno de esos arrebatos, durante los últimos días que pasó aquí?

—No. La última vez que sucedió eso fue hace aproximadamente un par de meses. Había disputado con su Ernie.

—¿Su Ernie?

—Su amigo se llama así.

—Hábleme de él, ¿quiere?

—Todo lo que yo sé de ese tipo es que tiene más dinero del que podrá gastar en toda su vida. Además, es tan desagradable como una babosa, pero según Kitty le soportaba porque no era tacaño en ningún sentido.

—Observo que dice usted le «soportaba». ¿Es que se cansó de él, acaso?

—Que yo sepa, no, pero el día antes de marcharse nos encontramos en el ascensor. Estaba alegre y excitada ante la partida. Recuerdo que dijo que, después de todo, Ernie le pagaría con creces los disgustos y amarguras que le había causado…

—¿No especificó a qué se refería concretamente?

—Solo dio a entender que al fin había encontrado algo con que vengarse de su amigo. Eso debió ser algo realmente importante, porque Ernie no se cansaba nunca de regalarle cosas de gran valor…

—¿Nunca le dijo dónde vivía ese fulano?

—No, nunca.

—¿Ni si tenía otro apartamento donde entrevistarse con él?

—Tampoco. Ya le he dicho que generalmente era muy reservada.

—No me ayuda usted mucho, Geny.

Se encogió de hombros.

—Le estoy contando lo poco que sé. ¿Cree usted que le ha sucedido algo desagradable?

—No puedo saberlo hasta que haya averiguado algo más sobre ella. Lo importante sería descubrir quién es en realidad Ernie.

—En eso no puedo ayudarle tampoco.

Me levanté, disgustado por los escasos resultados obtenidos. Solo cuando ya me despedía exclamó:

—¡Un momento! Ahora que recuerdo… en el ascensor dijo algo así como que el viejo Irving iba a servirle de algo por una vez en la vida.

—¿Irving?

—Imagino que se refería a alguien que conoció hace tiempo… Irving Coburn creo que es su nombre completo.

—Lo intentaré por ese lado —dije.

Antes de cerrar la puerta en mis narices murmuró:

—Vuelva otra vez por aquí, preguntón, pero cuando no tenga nada que indagar…

—Lo recordaré.

Descendí las escaleras dispuesto a proseguir con mí trabajo de rutina. Lo único que desentonaba en la monotonía de la búsqueda era el vandálico registro que había sufrido el apartamento de la muchacha. Era algo capaz de inquietar a cualquiera.

En una farmacia revisé la guía telefónica en busca de alguien llamado Irving Coburn.

No fue difícil localizarlo. Era un abogado que tenía su despacho en el *President Building.* Encontré también su dirección particular, pero pensé que no era un asunto para tratarlo en su domicilio, exponiéndome a que su familia metiera baza, de manera que decidí anotar el número de su despacho y tras esto regresé al coche.

Empleé un par de horas en recorrer compañías de aviación, mostrando la fotografía de Ana a los empleados y dándoles los dos nombres que ella solía utilizar. Ninguno pudo darme razón de una pasajera con ninguno de los dos. Tampoco pudieron identificar la fotografía, aunque la mayoría me recomendaron que hiciera la prueba con los empleados del turno de día, que eran quienes más pasajes despachaban.

Como esa me pareció una sugerencia muy acertada abandoné las gestiones por aquella noche.

Pensándolo bien, estaba moviéndome mucho por un trabajo que apenas si cobraría. También, cuando me encerré en mi apartamento, dediqué

ciertas reflexiones a la hermosa Christine Bartlet y a su acompañante…

Creo que lo que realmente me molestaba del asunto era no poder ocupar yo el lugar de Jamieson, aunque, después de todo, uno nunca sabe…

CAPÍTULO VII

El día siguiente desayuné en un bar cercano a mí casa. Aproveché para intentar leer el periódico, pero desistí de ello a causa de las voces del televisor. Estaba puesto con tanto volumen que no me quedó otro remedio que prestarle atención.

Se trataba de una entrevista sostenida por un locutor con el grasoso Gallucci, nuestro rey del hampa. A juzgar por las preguntas y respuestas, y la deferencia del entrevistador hacia el entrevistado, cualquiera hubiese podido creer que Gallucci era una gloria nacional.

Despotricó moderadamente contra cierto comité que le había importunado, se permitió el lujo de gastar algunas bromas a costa de los senadores que lo componían y acabó afirmando que él era un honesto hombre de negocios que no molestaba a nadie y que pagaba religiosamente sus impuestos.

La referencia a los impuestos era ya clásica en boca del gran bastardo. Por lo visto, le dolía en lo más delicado de su bolsillo tener que pagarlos, pero el recuerdo de lo sucedido con Capone seguía vivo en la mente de todos los *gangsters*, de manera que habían desistido de jugar con los chicos del Tesoro.

El locutor le preguntó qué había de cierto en los rumores que corrían, referentes a la investigación que los agentes federales estaban llevando a cabo, encaminada a aclarar lo concerniente a los regalos que le había hecho cierto diplomático extranjero.

Gallucci se rio de eso. Dijo que ningún federal le inquietaba, y que podía mostrarles todos los obsequios que los clientes de sus clubs nocturnos le habían hecho desde que los había abierto.

Fastidiado, pagué y me largué del bar pensando en lo estúpidas que eran nuestras leyes, cuando se demostraban incapaces de frenar la carrera criminal de un hombre como Gallucci. También resultaba absurdo que se le diera tanta publicidad, por cuanto podía llegar a despertar la envidia de ciertas mentes ya de por sí inclinadas a la delincuencia, sirviéndoles de nefasto ejemplo.

Me olvidé del gordo pistolero cuando reanudé mi ronda por las compañías aéreas, tarea en la que empleé toda la mañana.

No conseguí la menor pista, excepto averiguar que otros hombres habían estado preguntando lo mismo unos días antes.

Calculé que debería tratarse de los mismos que estuvieron en el hotel «Premier», y casi con toda seguridad, los mismos que habían registrado brutalmente el apartamento de la muchacha.

Era posible que ella hubiese emprendido el viaje por tren, o quizá valiéndose de cualquiera de las compañías de autobuses que salían de la ciudad en todas direcciones. Esos medios de transporte eran más discretos que los aviones, donde le exigen a uno el nombre y otros datos, capaces de dejar una clara pista.

Y, a juzgar por cómo estaban presentándose las cosas, yo estaba casi seguro que cuando Kitty Dusty se largó lo hizo huyendo de alguien, posiblemente de su amigo Ernie.

Dejé la entrevista con el abogado Coburn para última hora de la mañana, pero tan pronto vi a mí hombre sufrí un cambio radical en mis primitivas ideas respecto a sus relaciones con la desaparecida.

Irving Coburn era un hombre de unos sesenta años, pulcro y refinado, con abundante cabellera blanca y esa innata distinción que hace destacar a quién la posee por encima de todos los ambientes.

Una secretaria que andaría alrededor de los cincuenta, desgarbada y carente de todo atractivo, me introdujo en el regio despacho del picapleitos.

Me costó casi un minuto adaptarme a mí nueva idea.

—Me ha dicho mi secretaria que se llama usted Finney y desea hablarme de una muchacha llamada Kitty Dusty —me espetó sin ceremonia alguna—. ¿Qué clase de interés es el suyo por ella?

—Absolutamente profesional. Soy investigador privado.

Enarcó las cejas. Por su expresión, comprendí que los detectives privados no eran precisamente santos de su devoción.

—Le escucho —fue lo único que murmuró.

Le conté el motivo por el cual la buscaba. Ese es un lujo que no siempre puede permitirse un detective, ya que la mayoría de las veces se ve obligado a mantener ocultos sus propósitos. Pero en ese caso no era así y siempre resultaba una ventaja.

El abogado me escuchó pacientemente. Después dijo:

—Puede informar usted a la madre de esa muchacha que ella está bien… Emprendió un viaje, eso es todo.

—Me temo que eso no sea suficiente para mí cliente. Está muy inquieta por el paradero de su hija.

—Lamento no poder ser más explícito, pero es todo cuanto estoy autorizado a revelar… por el momento.

—¿Por el momento? —recalqué.

—Tengo instrucciones precisas de mi clienta. Solo en determinadas circunstancias me pondré personalmente en contacto con su madre y… Pero usted comprenderá que debo atenerme a los deseos de la señorita Dusty, o Frascati, para atenernos a su verdadero nombre.

—Lo comprendo perfectamente, pero me gustaría que me dijera algo más, sin violar el secreto profesional, naturalmente. Cualquier dato que me

permitiera tranquilizar a la anciana señora Frascati.

Titubeó, visiblemente molesto. Sin embargo, optó por llegar un poco más lejos en sus atribuciones.

—Puede usted decirle que la muchacha está en Nueva York. Parece ser que ella considera necesario este alejamiento por razones particulares. Eso es cuanto puedo decirle, señor Finney.

—Comprendo su posición, abogado. Gracias por todo.

Salí del despacho dejándole convencido que yo daría por terminado el asunto después de facilitar tan vago informe a la anciana.

En eso estaba equivocado. Cuando acepto un trabajo lo realizo hasta el final, algunas veces incluso contra los deseos de los clientes. Pero siempre acaban por reconocer que mi proceder es el más adecuado y todo vuelve a su cauce.

En el caso de la muchacha, redacté un extenso telegrama para una agencia de investigación de Nueva York, pidiéndoles que localizaran a Ana Frascati, aunque sin ponerse en contacto con ella por el momento. Les advertí que enviaría una fotografía por avión y consideré que, por el momento, mi trabajo quedaba suspendido.

Solo faltaba informar a la anciana, de manera que después de comer me dirigí a su dirección. Si la calle Kinnard era un vertedero, aquella en que vivía mi clienta no tenía nada que envidiarle en ese aspecto.

Dejé el coche a cierta distancia y anduve hacia la casa. Antes de entrar en ella pensé en el hijo. Si estaba en el piso armaría un escándalo si tenía que creer en las palabras de la vieja señora Frascati…

Afortunadamente, estaba ausente, de manera que pude tranquilizar a la mujer sin despertar alboroto alguno.

—¡A Nueva York! —exclamó después de escucharme—. Esa cabeza loca… Tirar su dinero. Qué le parece…

Después de esos aspavientos cerró la boca y quedóse pensando en la cabeza loca que ella trajera al mundo. Aproveché para preguntarle:

—¿Le habló ella alguna vez de un hombre llamado Ernie?

—No. ¿Quién es?

—Un amigo de Ana…

—¿Buena persona? Ya sabe… las chicas tienen la cabeza hueca y mi niña es igual que todas.

Pensé que debía serlo un poco más que las otras, pero me abstuve de comentarlo. Solo dije:

—Y Angelo, ¿no está aquí?

—Otro que quiere matarme a disgustos, señor. Todavía no ha regresado a casa… ¡Y se fue ayer a media tarde! Los muchachos no debieran… Pero eso es cosa mía, dispénseme.

—No importa. ¿Quiere que averigüe la dirección de su hija en Nueva York?

—¿Puede usted hacerlo?

—Por lo menos puedo intentarlo.

—Me gustaría saber que está bien… y escribirle… Yo solo sé escribir un poco en italiano, ¿sabe? Ana se burla de mí…

—Veré si consigo la dirección y se la facilitaré, así podrá escribirle.

Ya me encaminaba a la puerta cuando ella corría con sus pasos menudos hasta colocarse a mí lado, deteniéndome.

—No me ha dicho cuánto debo pagarle…

—Todavía no he terminado el trabajo —le recordé.

—No me gusta eso. Si después pide más dinero del que tengo… Bueno, Angelo querrá saber en qué lo he gastado… No sabré qué decirle.

—No habrá problemas por eso, señora. Adiós.

La dejé sola, entregada a sus recuerdos, sufriendo por los cabezas locas de sus hijos…

Imaginé que le quedaba mucho por sufrir todavía, si los dos vástagos eran más o menos como yo los imaginaba…

CAPÍTULO VIII

Al regresar a mí oficina me encontré con un visitante inesperado.

El hombre había estado aguardándome en la sala de espera, que siempre permanecía abierta, y se levantó de un brinco cuando entré.

—¿Usted es Finney? —me espetó, sin perder tiempo en saludos.

Quedé mirando las correctas facciones del galán maduro que acompañara a la viuda a cenar. Jamieson, visto de cerca, era un gran tipo en todos los aspectos.

—Será mejor que entre en mi despacho —dije con calma, pasando por delante de él.

Me siguió, bufando de impaciencia.

—Escúcheme usted, Finney...

—Siéntese —le atajé, haciéndolo yo en mi sillón—. ¿Hace mucho que esperaba?

—¡Demasiado!

—Bueno, ahora puede decirme todo lo que quiera.

—Christine... la señora Bartlet —rectificó apresuradamente, con cierto nerviosismo—, me ha contado su conversación telefónica con usted. No me ha gustado nada.

—Lo lamento.

—Conozco la clase de granujas que son todos ustedes —prosiguió, agresivo—; he oído hablar de sus mañas para sacarles el dinero a los incautos que recurren a sus servicios...

—¿A qué ha venido aquí exactamente? —le interrumpí en seco.

—He querido dejar las cosas sentadas de una vez por todas. No le consentiré que importune a Christine... a la señora Bartlet, ni una sola vez más.

—No creo que sea eso lo que he hecho. ¿Le ha contado ella por qué razón me contrató?

—Por supuesto. Cometió un error lamentable. Debió haber acudido a mí y ahora no tendría que soportar esta desagradable escena. Recuérdelo, Finney; nada de molestarla ni una sola vez más o se entenderá conmigo.

—Está comportándose de la manera más ridícula que puede imaginar. ¿Es usted el «protector» oficial de esa dama, Jamieson?

Su rostro se congestionó.

—Ella representa mucho para mí... —barbotó, iracundo.

—Exactamente, la parte del negocio que pertenecía a su socio, ¿no es eso?

Creí que iba a golpearme en aquel instante, pero se contuvo como todo

un caballero. Todo lo que podía esperarse de un tipo semejante era que me arrojase el guante a la cara como desafío.

—Es usted mucho más repugnante de lo que había imaginado —me espetó—. Atrévase a formular cualquier ridícula insinuación en público y se verá envuelto en una demanda por difamación y libelo.

—No dudo que le gustaría hacerlo... ¿Cuánto se benefició usted con la muerte de su socio? Esta es la misma pregunta que le formulé a la señora Bartlet.

Me miró con ojos centelleantes. Con el rostro congestionado, furioso como estaba, su edad real se ponía de manifiesto. Debía haber cumplido ya los cincuenta. Demasiados años para un encanto de criatura como Christine...

—Le aplastaré, sucio fisgón —estaba diciendo, con la mano en el tirador de la puerta—. Le haré pedazos si la molesta una vez tan solo.

—Bueno, ya supongo que desearía hacerlo. Pero no ha respondido a mí pregunta...

Salió y cerró de un tremendo portazo. Creí que los cristales iban a saltar en pedazos.

Un tipo demasiado iracundo para hacer feliz a una mujer como la sugestiva viuda...

Como no tenía nada más que hacer, y la visita del financiero me había dejado con el humor en su punto más bajo, me dediqué a efectuar una sucesión de llamadas telefónicas a distintos conocidos diseminados por toda la ciudad, empleados en distintos puestos que en un momento determinado podían serme de utilidad.

En esta ocasión, sin embargo, no me sirvieron de mucho.

Logré enterarme que Jamieson era socio mayoritario de una cadena de establecimientos de droguería repartidos por toda la costa. Como es lógico, su empresa de transportes cuidaba de abastecer ese otro filón de sus negocios. Igualmente, tenía dinero invertido en dos laboratorios de perfumería.

La comunicación con un periodista del *Times* me reveló que el apuesto y otoñal galán no había sido procesado nunca, que era apreciado por la sociedad más elevada del Estado y que tenía influyentes amistades políticas y de toda índole.

Todo esto no sirvió precisamente para que mejorase mi humor. No me quedó más remedio que reconocer que me sentía despechado, aunque no dejaba de ser una cosa ridícula si tenía en cuenta que apenas si había tratado a Christine. Pero hubiera dado cualquier cosa para poder presentarle un surtido de sucios informes sobre su admirador, solo como represalia por la manera como este me había tratado...

En lugar de eso, todo lo que podía exhibir era una brillante hoja de servicios mundanos y financieros sobre aquel individuo.

Mentalmente, lo mandé todo al diablo y salí. Pasé unas horas en un cine, me aburrí y acabé comprando una botella de «bourbon», que me llevé a casa para beber tranquilo antes de acostarme.

Bebí, pero no encontré tranquilidad alguna con el tratamiento. Continué devanándome los sesos y evocando la hermosa imagen de Christine, preguntándose cómo demonios me había dejado impresionar hasta semejante extremo...

Cuando llevaba consumida casi media botella quedé dormido. Eso salí ganando, porque gracias al alcohol dormí pesadamente de un tirón.

A la mañana siguiente llegué a la oficina con dolor de cabeza y sin que me sintiera más satisfecho de la vida que la noche anterior.

A las once recibí el primer informe de la agencia de Nueva York. Quedé helado al leerlo y casi escapó de mis dedos, aturdido por lo que mi colega detallaba en él, a pesar de tratarse de un telegrama.

Con las palabras justas, precisas y claras, daba cuenta de que gracias a la fotografía recibida por el encargado nocturno de su despacho, había identificado a la muchacha. Estaba en el depósito de cadáveres esperando que transcurriera el plazo legal para que fuera reclamada, de no ser así, sería enterrada sin más trámite. Había sido asesinada de un tiro y arrojada al río, y hasta el momento no habían descubierto al criminal. Terminaba preguntando si debía seguir averiguando los pasos que la muchacha hubiera dado por la ciudad, y asegurándome que por el momento las autoridades no sabían que había alguien interesándose por el cadáver que guardaban.

Casi sin reflexionar, le expedí otro telegrama pidiéndole que, manteniendo a la policía al margen del asunto, tratara de descubrir todo lo relativo a Ana Frascati, incluyendo el lugar donde había vivido, lugar que debería ser registrado. Cualquier pista que pudiera conducir a la identificación del asesino debería serme comunicada en el acto, así como todos los hallazgos que le parecieran dignos de mención.

Después de eso, estuve no sé cuánto tiempo reflexionando con amargura. Traté de decidirme a dar la tremenda noticia a la anciana y fracasé. No encontré valor suficiente.

Pasé el resto del día con el estado de ánimo de un vagabundo. Comencé a creer que, en lo que se refería a Christine, yo había experimentado lo que humorísticamente se llama un flechazo. No obstante, mi edad ya no era la adecuada para semejantes ridiculeces. Pero a pesar de todo, continué pensando en ella a intervalos, cuando dejaba de preocuparme por la anciana señora Frascati.

Pero hasta que compré el periódico de la noche no recibí el último mazazo en relación con este asunto.

Había una espeluznante fotografía de alguien materialmente destrozado. Leí el apresurado reportaje con cierta abulia, fruto de la

costumbre, hasta que mis ojos tropezaron con el nombre de la víctima del bárbaro crimen:

¡Angelo Frascati!

El otro hijo de la pobre vieja.

Quedé anonadado, rígido por el estupor.

Después, cuando reaccioné, releí el artículo solo para enterarme de que el muchacho había llevado una vida desordenada y peligrosa, dedicándose a pequeños hurtos, broncas callejeras, peleas y algaradas entre pandillas de barrio. Había muerto después de recibir una salvaje paliza que le había materialmente quebrado la mayoría de los huesos.

Absurdamente furioso, hice una bola con el diario y saltando al asiento del coche lo conduje en busca del capitán Dempsey…

CAPÍTULO IX

—De manera que por el hecho de que ambos hombres hayan muerto de la misma manera, usted cree que han sido asesinados por los mismos criminales y por idénticos motivos —masculló Dempsey de mal talante.

—No he afirmado nada semejante. Solo que me ha parecido interesante tener en cuenta esta posibilidad.

—Me sorprende su interés por ayudarnos... tan desacostumbrado en usted.

—Déjese de sarcasmos. ¿Sabe usted que la hermana de Angelo Frascati fue asesinada en Nueva York hace unos días?

—Es la primera noticia que tengo —rezongó, desconcertado—. ¿Cómo lo ha averiguado usted, Finney?

Le conté el encargo que me había hecho la madre de los dos muchachos. Acabé diciendo:

—Le aseguro que después de conocer a la anciana, no puedo reunir el valor suficiente para ir allí y decirle que su niña, como ella la llama, murió de un balazo... y menos ahora, con la desesperación por la muerte de su hijo...

—Comprendo lo que quiere decir. He conocido a esa mujer. Se me ha antojado un caso patético...

—Y bien, ¿qué opina ahora de esos crímenes?

—Lo mismo que antes. Me parece absurdo empeñarse en relacionarlos solo porque los dos tipos murieron a causa de una paliza...

—¿Y lo de la chica?

—¡Caray, eso sucedió en Nueva York! No pretenderá que también fue muerta por el mismo tipo que ha liquidado a su hermano.

Sacudí la cabeza, contrariado.

—Mire, capitán; opino que hay una serie de circunstancias que se encadenan sólidamente. La muerte de Moulton a golpes, el asesinato de Benjamín Hertz en el coche de Moulton... lo cual les relaciona hasta el punto de que es probable que fueran socios en el chantaje, especialidad de Hertz...

—A propósito —me atajó Dempsey, cansado—. Tenemos otros datos sobre Moulton. Había cumplido una condena por asalto, aunque fue juzgado con su verdadero nombre, Frederick Winter. Sin embargo, desde que salió del penal, hace dos años, parecía haberse reformado y trabajaba honestamente como vigilante en el Club Náutico, de manera que parece improbable...

—¿En el Club Náutico? —exclamé, irguiéndome.

—Sí. ¿Qué demonios le preocupa ahora?

—Olvídelo. ¿Qué otros datos tienen sobre él?

—Casi nada más. ¿Por qué se ha excitado al saber donde trabajaba ese tipo?

—No me he excitado. Únicamente, me ha sorprendido que un delincuente de esa calaña se hubiera enmendado, eso es todo.

No quedó muy convencido, pero tampoco insistió.

Entretanto, mi mente giraba como un torbellino.

Moulton había trabajado en el Club Náutico, el mismo lugar donde había estallado el yate de James Bartlet convirtiendo a este en un puñado de carbón. Y Moulton era indudable que había sido socio de Hertz, un especialista en chantaje que había intentado ejercer sus mañas contra la viuda del hombre muerto en la explosión.

Y los dos habían sido asesinados.

Y había un tipo llamado Brody que se había ahorcado días antes de la explosión, y cuyo nombre había utilizado Hertz...

¿Qué demonio de lío era aquel?

—¿No me escucha, Finney?

La voz del capitán me devolvió a la realidad.

—Estaba reflexionando.

—Si tiene usted algo sobre lo cual reflexionar, en relación con los crímenes, tiene más que yo —rezongó de mal talante—. Y, de una vez por todas, desembuche lo que sabe y acabemos con ese juego. No ha podido embaucarme ni un solo minuto. Sé que sus visitas obedecen a algo más que a simple curiosidad, así que no me haga perder más tiempo y veamos qué puede decirme.

—Le doy mi palabra que no sé más que usted de todo esto. Pero quizá mañana pueda decirle algo nuevo, Dempsey. Hay algunos puntos en este lío que huelen que apestan.

—Mañana, ¿eh? Y aseguraba que no trabajaba por cuenta de nadie. Ya salió el eterno cliente que hay que proteger.

—Tonterías. Lo crea usted o no, todo lo que estoy haciendo en esta ocasión es puramente por curiosidad. Nadie me paga ni tengo esperanzas de que lo hagan.

—¿Pretende que me trague eso?

—Al diablo con usted —exclamó, levantándome—. ¿Va a encargarse de notificar a la señora Frascati de la muerte de su hija?

—Lo haré cuando haya comprobado la veracidad de esa noticia.

—Eso me ahorrará de hacerlo yo.

Cuando me dirigía a la puerta, exclamó:

—¿Qué está usted tramando, Finney? De veras que me intriga.

—Mañana, capitán.

Salí y cerré precipitadamente, antes que me hiciera más preguntas.

Pensé que ya era hora de tener otra conversación con la bella Christine. Solamente imaginar que pudiera haber algo de verdad en las amenazas de los chantajistas con respecto a ella me ponía enfermo.

Había tenido que dejar el coche a cierta distancia del edificio de la policía, de manera que anduve sin prisas, dándole vueltas a lo que pensaba preguntarle a mí hermosa obsesión.

No debía haberme preocupado tanto, así quizás hubiera podido advertir la súbita aparición de aquel individuo cuando surgió de entre dos coches. Pero no lo advertí hasta que ya fue demasiado tarde.

Algo duro e inconfundible se apoyó duramente en mí espalda y su voz ronca ordenó:

—Sigue andando, no alborotes y todo irá bien…

—¡Qué diablos…!

La presión de la pistola se hizo más apremiante.

—Arma el más pequeño escándalo y te mando al infierno.

Lo dijo con una voz helada que me convenció más que las palabras. Así que obedecí. No tenía malditas las ganas de irme de cabeza al infierno.

Me obligó a entrar en el aparcamiento. Allí aparecieron dos tipos más, todos con el sombrero calado sobre los ojos.

—¿Todo bien? —gruñó uno de ellos.

—Es un buen chico —comentó el que me había capturado—. Está dispuesto a darnos facilidades…

Rieron al empujarme dentro de un gran coche negro. Me encontré instalado entre dos de los «torpedos», mientras el tercero se encargaba de manejar aquel acorazado.

Salimos zumbando en busca de la carretera que, saliendo de la ciudad hacia el sur, sigue hacia San Diego.

Pero no tomamos esa dirección, sino que a un par de millas fuera de los límites urbanos, el coche torció a la izquierda y se internó por una ruta de segundo orden en dirección al interior.

—Alguno de ustedes podría explicarme qué significa esto —mascullé.

—¿No te lo imaginas?

Podía imaginarlo, pero me resistía a creer que fuera un clásico «paseo». ¿Por qué, y por orden de quién? Resultaba increíble.

—¿Quién está detrás de esta salvajada? —pregunté.

—Cierra el pico.

Otro gruñó:

—Atízale en la boca si no se calla.

Callé, pero mi mente trabajaba a su máxima presión. No obstante, podía haberme ahorrado el esfuerzo. No saqué nada en claro. Era absurdo que alguien quisiera quitarme de en medio por algo que ni yo mismo comprendía qué podía ser.

El auto se abría camino en la densa oscuridad gracias a sus faros.

Gruesos y negros nubarrones cubrían el cielo, de manera que no había vestigios de luna. Resultaba una noche ideal para un trabajo como el que aquellos hijos de perra iban a realizar conmigo. Unos disparos, un coche que se aleja y asunto concluido. Un cadáver quedaría abandonado en cualquier paraje desierto…

Lo malo de estas elucubraciones era que el cadáver sería el mío.

—Aquí está bien, Bill —gruñó uno de los que estaban a mí lado.

—¡Un momento! —exclamé—. No pueden matarme sin escucharme antes. Debe tratarse de un error.

—Te llamas Jack Finney, ¿no es verdad?

—Sí, pero…

—Y eres un fisgón privado, ¿eh?

—Naturalmente, pero…

—Entonces tú eres el pichón que buscamos.

El auto se detuvo. El que había hablado se dirigió al chófer.

—Apaga los faros. En esta oscuridad su resplandor puede descubrirse a millas de distancia.

El conductor obedeció. La oscuridad de la noche, al extinguirse el brillo de las luces, se convirtió en algo tan negro como la misma muerte.

—Vamos, abajo. Y no intentes nada o me divertiré rellenándote de plomo en los lugares que más tardes en morir…

Me arrojaron fuera del coche. Dos de ellos estaban esperándome y sus pistolas se incrustaron en mis costillas. El tercero se les unió. Apenas si eran manchas más oscuras que la misma oscuridad.

Me llevaron a cierta distancia del coche y allí nos reunimos en un grupo compacto.

No podía dejarme sacrificar como una res en el matadero, así que dije:

—Sé que es inútil pedirles clemencia, pero no me negarán un cigarrillo, ¿no es cierto?

Alguien hizo crujir un paquete de cigarrillos. De la negrura me llegó un pitillo, que sujeté entre los labios.

—Una cerilla —pedí.

Me pusieron un estuche en las manos. Uno de ellos rezongó una protesta por aquella pérdida de tiempo, pero el que llevaba la voz cantante gruñó:

—¿Qué demonios quieres que haga? Lo tenemos rodeado y con las pistolas apuntadas a su barriga. ¿Temes que empiece a volar acaso?

Yo no quería volar precisamente. Arranqué un fósforo de madera del estuche, tanteé con los dedos y cerré los ojos. Rasqué un fósforo sosteniéndolo a la altura de mi cara, pero no pude ver la llama porque seguí manteniendo los ojos cerrados.

—¿Qué haces, estúpido? —masculló uno de los pistoleros—. ¿No ves dónde tienes el cigarrillo?

Otro soltó una carcajada y opinó:

—Tiene tanto miedo que no acierta a encenderlo...

Entonces arrojé el fósforo y abrí los ojos. Estuve seguro que, después de haber tenido los suyos fijos en la llamita, estaban completamente cegados por unos segundos, así que me dejé caer al suelo y empecé a rodar por la hierba tan aprisa como pude.

Empezaron a maldecir hasta que sus voces fueron ahogadas por los disparos. Tiraban a ciegas, bramando de rabia. Acerté a ver los fogonazos y escuché el aullido de los proyectiles, a mí alrededor.

Encontré un espeso matorral y me agazapé detrás. Ellos estaban desparramándose para buscarme. Habían callado y solo sus pasos turbaba el silencio de la noche y me orientaba respecto a su posición, porque la oscuridad era tan densa que resultaba imposible distinguir la palma de mi mano ni colocándola rozándome la nariz.

Los pasos cautelosos de uno de ellos se acercaron tanto que contuve el aliento. Él respiraba violentamente. Dio otro paso y se puso todavía más a mí alcance.

Se detuvo. Otros pasos hicieron crujir unas ramitas a mí izquierda. El individuo que se había detenido dejó de respirar como un fuelle para poder escuchar con más atención.

Esbocé una mueca en la oscuridad. Si se mataran entre ellos...

Pero la voz del que se acercaba murmuró:

—¿Quién está ahí?

—Bill. ¿No lo has visto?

—No.

—No puede haber ido muy lejos...

—No te muevas de aquí, voy a dar otra vuelta. No podemos dejarle escapar...

Se alejó con las mismas precauciones que a su llegada.

Esperé unos segundos, dándole tiempo de perderse en la distancia, y entonces salté. Caí sobre las espaldas del pistolero, machacándole la cabeza con los puños.

Soltó un chillido y cayó hacia delante de resultas del impacto. Pude conectarle un derechazo respaldado por todo mi peso que le incrustó la cara en las piedras.

Aulló como una bestia. Me desentendí de todo lo que no fuera arrebatarle la pistola, pero no lo conseguí hasta que le aticé otra vez, mientras ya los pasos de sus compinches se acercaban a todo correr, atraídos por el alboroto.

Con la pistola en la mano volví a retroceder buscando el amparo del matorral. Mi víctima se levantó tambaleándose, con la cara apretada en sus manos y gimiendo como un animal herido.

Entonces las cosas se precipitaron. Hubo una sucesión de disparos.

Escuché a mí lado el espeluznante sonido de la carne al desgarrarse y se me erizó el cabello.

El pistolero dejó de gemir y se derrumbó, abatido por uno de sus propios compinches. Contuve mis ansias de echar a correr, y así pude ver la negra silueta del que había disparado acercarse a dónde estaba el cuerpo caído. Le había disparado guiándose por su voz, convencido de que, en aquella fiesta, el único que podía gemir y lamentarse era un pobre detective privado condenado a muerte.

El hombre se inclinó, encendió una cerilla y examinó a su víctima. No pudo contener una maldición al reconocerlo, pero ya no tuvo ocasión de rectificar su error porque en aquel instante comencé a disparar y el fulano se enderezó, giró extendiendo los brazos y finalmente cayó de bruces sobre su compinche. Escuché el golpe de su pistola al caer.

Entonces corrí hacia donde había quedado el coche.

Si el tercero quería cortarme el camino tendría que entendérselas con una bala.

Pero el tipo debía estar escondido en alguna parte, porque pude llegar al coche sin tropiezos. Allí limpié la pistola con mi pañuelo, puse el vehículo en marcha y ya no lo detuve hasta la ciudad.

CAPÍTULO X

Estaba más adorable que nunca, tan suave y sugestiva como un sueño oriental, con sus ojos fulgurantes, los labios rojos y temblorosos y el busto jadeante por la violencia de sus impresiones.

—¡Es usted...! —hizo un esfuerzo, encontró voz con que apostrofarme y terminó—. ¡Es el hombre más odioso, falso y repugnante que he conocido!

—Hasta ahora no ha conocido a ningún hombre, ricura —le espeté—. Su experiencia se limita a su marido y al galán apolillado que la escolta esos últimos tiempos.

La ira ponía tintes todavía más rosados en sus mejillas. Repentinamente, me obsequió con una bofetada que restalló como un látigo.

Encajé y le sonreí.

—No lo repita si quiere evitarse disgustos —dije—. Acabo de contarle lo que me ha sucedido con esos tres pistoleros y...

—¡Y quiere hacerme creer que ha sido Jamieson quien los ha mandado! —estalló—. ¡Es monstruoso pensar eso siquiera!

—Mire, Christine, hasta ahora he dejado que usted llevara la voz cantante, pero eso ha terminado. No crea que he venido aquí solo para recibir una bofetada y unos insultos. Usted va a acompañarme ahora, ¿comprendido?

—¿Adónde piensa llevarme?

—Haremos una visita a su admirador. Tal vez yo pueda convencer a Jamieson de que me cuente lo que sucedió realmente en el yate... Y así acabaré con el riesgo de encontrarme pistoleros hasta en la sopa.

—¡Está loco si cree que secundaré ese sucio proyecto! Jamieson jamás me perdonaría el que yo le llevase hasta él.

—¿Prefiere que me mande asesinar?

—¡Él no haría eso jamás! Es un caballero —acabó, altiva.

—Un caballero que se vale de asesinos profesionales —repliqué—. Escúcheme, Christine. El chantajista que la llamó tenía un cómplice, un tipo llamado Moulton. Estaba empleado en Club Náutico como vigilante. Entre ellos tramaron el negocio, pero para eso debían tener algo con que hacer presión...

—¡No podían tener nada en absoluto! Fue un accidente.

—Eso cree usted. Moulton debió ver algo sospechoso... o quizá vio escapar al que provocó la explosión. Si fue eso, el tipo calculó que aquello estaba planeado por el individuo que vio escapar y por usted. Y ahora dígame de quién otro puede tratarse más que de Jamieson, para que la

relacionen a usted con el chantaje. Moulton debe haberlos visto juntos muchas veces en el club... y forzosamente ha imaginado que podría exprimir dos limones a la vez.

—No lo creeré nunca.

—Bueno, el chantajista del teléfono murió. Moulton ha muerto...

—¿Va a cargar esos crímenes sobre Jamieson también?

—No sé si los cometió personalmente, pero a juzgar por lo que ha estado a punto de suceder esta noche no necesita ensuciarse las manos personalmente para librarse de estorbos. Y ahora basta de charla.

—No secundaré su locura...

—Quiero que venga conmigo, Christine...

—¿Por qué? Le odio, ¿comprende? ¡No sabe cuánto le odio!

—De acuerdo, pero quiero que vea caer a su ídolo ente sus narices.

La agarré del brazo y la obligué a andar hacia la salida. Antes de darse por vencida todavía amenazó:

—¡Llamaré a la policía! ¿No me escucha? ¡Gritaré hasta que vengan todos los policías de la ciudad!

—Y yo le propinaré la mayor paliza de su vida. Opino que debieran habérsela dado hace años.

—¡No se atreverá!

Me detuve en seco, ya fuera de la casa.

—¿He de demostrárselo?

Dio un paso atrás, asustada, pero como no le solté la muñeca se vio imposibilitada de huir.

A partir de ese momento me siguió con más docilidad, de manera que la instalé en el coche que les había arrebatado a los pistoleros y conduje hacia la mansión de Jamieson.

La teoría que le había expuesto a Chris había sido elaborada sobre la marcha, partiendo de la base de que solamente había tenido un altercado con Jamieson referente al asunto del chantaje. Y sumando dos y dos me salían cuatro sin la menor duda. Hasta el momento, solamente *él sabía* que yo removía el asunto del accidente. Incluso le había preguntado descaradamente qué beneficio había obtenido con la muerte de su socio.

Detuve el coche frente a la casa de Jamieson. Obligué a Christine a seguirme y me encaminé a la entrada.

No hubo necesidad de llamar a la puerta. La encontramos abierta, con la luz del vestíbulo encendida y un silencio sepulcral allí dentro.

—Ahora cállese y no haga el menor ruido —murmuré—. Esto no me gusta nada. Quizá sería preferible que volviese usted al coche.

—¡Usted me ha traído aquí y no pienso moverme de su lado!

Cesé de discutir y avancé. Recorrimos la mayor parte de la casa sin encontrar el menor rastro de ser viviente alguno.

Hasta que dimos con Jamieson. Estaba caído sobre una mesa de

despacho. La sangre que manaba de un orificio que tenía en un lado de la cabeza encharcaba los papeles y la madera. En menos de un segundo fotografié la escena en mi retentiva, registrando también el dato concerniente a la falta de arma de fuego. No podría hacer pasar aquello como suicidio, ni siquiera con todas las influencias del mundo.

Entonces, detrás de mí, Christine rompió a chilla desesperadamente. Giré como una peonza, justo a tiempo de sostenerla en brazos antes que se desplomase al suelo.

La llevé a un sofá que había adosado a la pared. Tras esto me desentendí de ella durante unos minutos, los justos para adaptarme a la nueva situación y registrar un poco por allí. No encontré nada en absoluto.

Mi hermosa teoría del criminal eliminando a su socio y después a los chantajistas se vino al suelo con estrépito.

Protegiéndome la mano con el pañuelo, descolgué al teléfono y comuniqué con el capitán Dempsey.

—Tengo un fiambre para usted, capitán. Sigo colaborando con la policía lo crea usted o no.

—¡Condenación! ¿Un cadáver?

—Seguro.

—¿Dónde está ahora?

Se lo dije. Gruñó una orden y colgó. Yo hice lo mismo y fui a sentarme al lado de Christine.

La rodeé con mis brazos y la atroje hacia mí. Sentí una sensación embriagadora al notar la tersura de su cuerpo en mis manos, y el leve temblor que la dominaba incluso inconsciente.

Después, poco a poco, recobró la conciencia y sus inmensos ojos se clavaron en mí como si no pudiera reconocerme.

Pero sí me reconoció. Dio un respingo y trató de apartarse, cosa que no logró porque mantuve apretado mi abrazo.

—Tranquilícese —susurré—. Lamento haberla traído aquí, pero ya que ha venido es mejor tomar las cosas con calma.

—Pero Jamieson...

—¿Le amaba usted?

—Claro que no. Era un excelente amigo... y me aconsejaba en los negocios, ahora que habían pasado a mis manos...

—Ya veo.

—¡Pero le apreciaba mucho...!

—¿Seguiría apreciándole si realmente fuera quien planeó la muerte de su esposo, Christine?

—¡No vuelva con sus monstruosidades! Jamieson está muerto... ¿no puede respetar siquiera su memoria?

—Todavía no lo he descartado como pregunto asesino de James Bartlet. ¿Alguien más se benefició con la muerte de su esposo, aparte de usted y

Jamieson?

—Pero, ¿no quiere comprender que se trató de un accidente?

—Acuérdese del chantaje, linda.

Por segunda vez trató de desprenderse de mis brazos, pero fracasó también.

—¿Tanto la molesta mi proximidad? Todo lo que trato de hacer es ayudarla, incluso contra su voluntad.

Me miró con los labios apretados. Pero me pareció advertir que en sus ojos ya no quedaba sombra de rencor alguno.

Le sonreí. Ella suspiró. Un instante más tarde susurró:

—Le he dicho cosas horribles, señor Finney…

—Llámeme Jack.

—Realmente, no pensaba lo que decía. Solo que usted me ponía furiosa… estaba tan seguro de sí mismo…

—Nunca he vacilado tanto en mi vida —confesé.

La sonrisa iluminó todo su rostro de maravilla. Sentí que una tremenda atracción me empujaba hacia sus labios, como si detrás de ellos existiera el vértigo de un abismo.

Creo que hubiera podido besarla de no haber llegado el capitán seguido de un batallón de auxiliares. Mis labios habían llegado a menos de una pulgada de los suyos, sin que hiciera el menor ademán para separarse. Fue una pena.

Ella se quedó en el sofá, mientras yo me encaminé a abrir la puerta.

—¿Qué ha venido usted a hacer aquí, Finney? —me espetó el capitán, entrando.

Sin responder, les mostré dónde estaba el cuerpo, presenté a Christine y, después de repartir instrucciones, Dempsey nos llevó a otro aposento para poder hablar con tranquilidad.

—Y ahora, Finney, cuénteme.

Le conté mi teoría respecto a Jamieson. Le confesé parte de la verdad en lo del chantaje y Christine corroboró mis palabras, sorprendiéndome al ver que casi sin darse cuenta aceptaba mis teorías como buenas.

Solo su hermosa presencia evitó que Dempsey expresara gráficamente lo que opinaba de mí por haberme guardado aquellos datos hasta el final.

Cuando consiguió controlar sus palabras gruñó:

—Para ser una teoría tiene visos de realidad en algunos puntos, sabueso. Sabemos que la explosión del yate no fue un accidente. La prepararon cuidadosamente, aunque lo habíamos mantenido en secreto hasta ahora para confiar al culpable. No obstante, manteníamos a todos los relacionados con James Bartlet estrechamente vigilados. Así supe que usted, Finney, había visitado a la viuda… y eso me dio mucho que pensar.

Quedé estupefacto. Chris murmuró:

—¡Dios santo!

No dijo más. Palideció y perdió la voz.

Dempsey saboreó su triunfo durante un minuto y luego me espetó:

—Lo que viene a destruir todo este cúmulo de suposiciones es la muerte de Jamieson. Yo sospechaba de él… o de usted, señora.

Eso cayó como una bomba. No salté hasta el techo porque el mismo estupor me dejó clavado en el asiento. Solo conseguí balbucear:

—¡Usted está loco, Dempsey!

—No tanto como usted cree. Lógicamente, el crimen tiene que haber sido preparado por alguien que obtuvo cuantiosos beneficios con la muerte de Bartlet. Que yo sepa, solo dos personas se han beneficiado: Jamieson y la viuda. ¿No es cierto?

—¿Cree usted que Christine Bartlet tiene pistoleros a sus órdenes, capitán?

—¿Pistoleros? No, ¿por qué?

—Porque tres asesinos profesionales me han dado el «paseo» esta noche.

Le conté la batalla sostenida contra los tres hombres que iban a matarme. Esas noticias tampoco le hicieron feliz precisamente.

—¿Dónde ha sucedido todo esto? —gruñó.

—No sé el lugar exacto, pero podré encontrarlo durante el día.

—¿No ha reconocido usted a ninguno de los tres?

—No.

—¿Y sospecha usted que Jamieson fue quien le mandó a esos *torpedos?*

—Eso he creído hasta encontrarlo muerto. Eso me ha desconcertado.

Miró de reojo a la mujer, que seguía apoyándose en mí por propia iniciativa, pero al tropezar con los luminosos ojos de ella desvió los suyos apresuradamente.

—Forzosamente, si nuestras ideas son más o menos ciertas, debe haber otro socio que desconocemos en este negocio del asesinato. En lugar de aclararse, cada vez se complica más…

Reinó un silencio. Miré a Chris. Le sonreí y me devolvió la sonrisa. Todo comenzaba a ir bien.

—Si no nos necesita aquí, capitán —dije—, vamos a marcharnos. Deseo acompañar a la señora Bartlet a su casa.

—Puede hacerlo. Pero les ruego a los dos que mañana estén en mi despacho a las once para prestar declaración.

Quedamos así y abandonamos la casa.

En el coche de los pistoleros, robado sin duda alguna, conduje a Chris rumbo a su apartamento. Por el camino dije:

—El capitán ha llegado demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto? No comprendo…

—Estaba a punto de besarla entonces.

—¡Oh!

—Faltaba menos de una pulgada para…

—Cállese, Finney.

—Jack —le recordé.

—Sí…

Acerqué el coche al bordillo y paré el motor. Entonces me volví hacia ella y afirmé:

—Ni todos los capitanes de policía de la ciudad impedirán que lo haga ahora, Chris…

—Por favor, Jack…

La atraje sobre mi pecho y, al fin, sentí sus labios bajo los míos con todo el ardor del primer beso.

Alguien me golpeó en un hombro. Me separé de Chris precipitadamente.

Había un guardia de uniforme asomado a la ventanilla.

—Esa es una calle demasiado concurrida, amigo. Lárguese de aquí, ¿quiere? En mis tiempos esas cosas se hacían en los parques…

Chris ahogó una risita. Puse el coche en marcha, hice una seña de despedida al guardia y reemprendí la marcha, satisfecho de que el hombre no hubiera tomado la matrícula del coche. No creo que en una celda hubiera podido seguir besando a mí hermosa compañera…

CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente me sentí el hombre más feliz de la tierra. Llamé a Chris por teléfono y sostuve una cálida conversación con ella, rememorando los últimos acontecimientos de la noche anterior. Hice ciertas referencias al parque en el que nos habíamos estacionado, ella se rio y quedamos citados en el despacho del capitán Dempsey a las once. Antes de colgar murmuró suavemente:

—Si no nos retienen demasiado tiempo, Jack, podríamos ir a pasear de nuevo por el parque… Hace tanto tiempo que no lo he hecho que me sentiré más joven.

—Tú sigues siendo una niña adorable, pero te llevaré al parque, y nos extraviaremos entre el laberinto de vegetación y…

—Es mejor que no lo digas. Hasta luego, querido.

Colgó, pero a mí me pareció que por el auricular seguía vibrando la música de su voz.

Así que entre unas cosas y otras llegué a la oficina lleno de euforia.

Pero toda mi alegría se fue al diablo cuando vi a la pequeña y negra figura que me aguardaba en la inhóspita sala de espera.

La mujeruca se levantó pesadamente y se quedó mirándome con los ojos húmedos de perro apaleado, sin hablar, con más arrugas en su apergaminado rostro, si eso era posible, y un vivo temblor en sus manos. Llevaba el mismo bolso enorme en ellas.

—Señora Frascati —murmuré, impresionado—. Lamento mucho lo que ha pasado…

—Sí.

La sostuve para entrar en el despacho y allí la acomodé en una butaca. Mientras yo rodeaba la mesa escuché el murmullo de su voz.

—Mi Angelo no era bueno… nunca quiso escuchar mis consejos…

—Tranquilícese.

Estaba mucho más serena de lo que cabía imaginar en sus circunstancias. Únicamente su voz era más temblorosa. Pero no había ni lágrimas, ni desesperación, ni arrebatos, tan comunes en los temperamentos latinos. Tenía una especie de resignación mortal en su actitud.

—Pero mi Ana —susurró—. Ella era buena… No importa que Angelo dijera que era mala… Yo sé que era buena. Una madre sabe si un hijo es bueno o malo. Yo sabía que mi Angelo era malo. Pero era mi hijo, usted sabe…

Calló. Me pregunté por qué había venido a verme. No pude creer que

deseara pagarme los honorarios, aquellos pobres once dólares que había mostrado la primera vez.

—Me gustaría poder hacer algo por usted —dije—. O, por lo menos, encontrar palabras suficientemente expresivas para consolarla... Lamento confesar que no las encuentro.

—No necesito consuelos, señor. Me han arrebatado a mis hijos... Soy vieja, muy vieja... ya me queda poco.

—Usted es fuerte. ¿Por qué ha venido a verme esta vez?

—Yo no sé leer... apenas poner letras y escribir unas palabras, siempre las mismas. Angelo *sí sabía.* Italiano, inglés... El leía las cartas de Ana, y se burlaba de ellas...

—No comprendo.

—Tengo una carta de mí Ana —murmuró. Su voz, al quebrarse, la obligó a callar.

Rebuscó en las profundidades de su bolso. Experimenté un súbito interés.

—¿La escribió desde Nueva York?

—No —susurró—. La trajo un mensajero, cuando ella se fue... Mi Ana habló conmigo por teléfono aquel día. No quiso decirme adónde iba, ni siquiera dijo que se marchaba fuera de la ciudad. Solo que guardase la carta...

Mi impaciencia creció vertiginosamente, mientras ella seguía revolviendo en el bolso. Y añadió todavía:

—Ella, mi pequeña, dijo que ya no más miseria. No más falta de dinero en casa, usted sabe. Dijo que esta carta no debía abrirla hasta que ella volviera a buscarla... o si tenía un accidente.

Casi salté sobre el sobre que extrajo al fin de su bolso negro. Era de papel corriente y no debía contener más que un par de hojas.

Llevaba las señas de la mujer escritas. Le di vueltas entre mis dedos.

—¿Desea usted que lo abra?

—Sí.

—¿Por qué me lo ha traído a mí?

—Yo no tengo a nadie... la gente que conozco se ríe de mí cuando hablo de mi pequeña... ahora no se reirán; está muerta. Pero no quiero que vean su carta. Usted ha sido bueno. Quiero que la lea...

Rasgué el sobre sintiendo un extraño nudo en la garganta. Debería hablarle de eso a Dempsey, solo para demostrarle que no era tan duro como él imaginaba...

Había una hoja de papel rayado escrita por las dos caras con una letra picuda e infantil.

Leí para mí y casi me caí de espaldas. Repetí la lectura una vez más para asegurarme que no estaba siendo víctima de una alucinación, pero no era así. Allí estaba...

—¿Qué está escrito? —preguntó la anciana con voz cargada de ansiedad.

Pegué un respingo.

—Este… Su hija dice en esta carta que ha tenido que hacer algunas cosas que no están bien para poder mandarle dinero. Dice que siempre la ha querido mucho, señora, y que no desea verla sufrir más en su pobreza… y ha depositado mucho dinero en manos de un abogado para que le sea entregado a usted en caso de que a ella le suceda algo malo.

—Era buena —murmuró—. Yo sabía que era buena. No importa lo que haya hecho…

—Claro que no importa. También dice que tiene miedo de unos hombres que la persiguen… ellos fueron quienes la mataron. Ahora pagarán su crimen.

—¿No hay más?

Me sentí incapaz de seguir improvisando.

—No —dije con voz ronca.

Se levantó pausadamente.

—Guardaré esa carta junto a mí corazón, señor. Es la voz de mi pequeña Ana… la oiré siempre si está junto a mí.

—Deberá esperar unos días —dije suavemente—. Lo que su hija escribió aquí es la prueba que acabará con los asesinos, ¿comprende usted? Cuando la policía haya sacado copias le será devuelta.

—¡Oh!

—Le prometo ocuparme de la carta, no se perderá. Y yo mismo se la traeré una vez terminado todo. ¿Le parece bien?

—Sí… ¿Me traerá también el dinero de mi pequeña Ana?

—Eso deberá tratarlo usted con el abogado que menciona en la carta. Yo la acompañaré.

—Ahora no… no podría tocarlo todavía.

Se marchó andando como si no tocara el suelo, sin embargo andaba encorvada, frágil…

Quedé más de un minuto inmóvil, con la carta en la mano, sin salir de mi aturdimiento.

Minutos después, saqué el revólver del cajón de la mesa para evitar más sorpresas desagradables. El valor de aquella carta era tan inmenso que era capaz de desencadenar una auténtica batalla campal en plena calle para recuperarla… el bastardo que la había inspirado.

—Esta vez, tendrá que hacer declaraciones entre rejas —mascullé, lanzándome en busca de un taxi.

Me hice conducir a la Central, donde encontré a Dempsey atareado con el nuevo crimen.

—Todavía no son las once ni mucho menos —gruñó—. ¿Dónde está su hermosa protegida?

—Olvídese de ella ahora. ¿Dónde podemos hablar sin que nos oigan?

—¿Teme que nos espíen aquí dentro? Usted está loco, Finney.

Casi le obligué a entrar en su despacho y cerrar la puerta. Entonces saqué la carta del bolsillo y se la pasé a través de la mesa.

—Lea eso, Dempsey… y agárrese para no caer.

La leyó. ¡Dios santo si la leyó! Tuve la satisfacción de ver que su estupefacción no era menor que la mía. También él se quedó sin voz durante unos minutos. Repitió la lectura varias veces, después de dejarse caer sentado en su sillón basculante.

Al fin balbuceó:

—¡No puedo creerlo!

—¿Va a poner en duda la autenticidad de este escrito?

—No se trata del escrito. Dudo que tenga entre manos algo capaz de acabar de una vez por todas con ese gran bastardo del demonio…

Le quité la carta de las manos y casi la acaricié. Instintivamente, la leí una vez más.

Ana Frascati había escrito a su madre sabiendo que estaba amenazada de muerte. Mencionaba que, para escapar a la miseria en que habían vivido siempre, se había lanzado a una vida denigrante. Pero era linda y un hombre importante se encaprichó de ella…

El hombre importante era nada menos que Ernest Gallucci, el zar del crimen.

Ernie, el tipo de la esplendidez… El hombre que alardeaba de su querida familia, pero que como todo buen *gangster* degenerado necesitaba exhibir una muñeca de alto precio a su lado.

Ana supo ganarse su confianza, a cambio de dejar esparcido a trozos su orgullo, su repugnancia a lo largo de aquel camino.

Al fin, meses después de soportar a Gallucci, este le entregó un paquete para que lo guardara ella en lugar seguro. Era algo, le dijo, que no debía mencionar a nadie. Tampoco él podía guardarlo personalmente porque era peligroso.

Ana sintió la tentación de la curiosidad. A solas en su apartamento, abrió una esquina y descubrió que contenía billetes, dólares americanos. Dinero en tal cantidad como no había soñado jamás poseer.

Guardó el paquete, naturalmente. Después, poco a poco, supo que aquel dinero procedía del extranjero y que podía hundir a Gallucci definitivamente si se descubría…

El pistolero estaba furioso porque aquel cuarto de millón no le servía de nada, pero, avariento por naturaleza, nunca quiso destruirlo. Pero descargó su ira sobre los demás…

Terminaba diciendo que había decidido huir con los doscientos cincuenta mil dólares porque estaba segura que Gallucci, cuando no la necesitase, la mataría para evitar que pudiera revelar a nadie el asunto del

dinero. Pero iba a depositar el paquete en las arcas de un abogado que había conocido, Irving Coburn, con instrucciones expresas de entregarlo poco a poco a su madre si ella caía bajo las garras del pistolero. Así por lo menos ella tendría una buena vejez.

—Esa estúpida —rezongó Dempsey.

—No puede esperar una gran inteligencia en una chiquilla que ha vivido perdida por las más infectas callejas hasta la juventud. ¿Qué piensa hacer con esa carta?

—Veré al abogado, retiraré el dinero y trataré de obtener las huellas dactilares del paquete. Habrá que llamar a los agentes del Tesoro para que se hagan cargo de eso y acaben con Gallucci y su podrido imperio…

—¿Y si escapa?

—No. Esos tipos nunca huyen. Están seguros que su posición es inexpugnable. No tiene más que escuchar lo que declaró ante la Comisión. Estuvo burlándose de los senadores del principio al fin, incluso cuando le hablaron de ese cuarto de millón. Ya debía tener a sus asesinos en funciones, allá, en Nueva York…

—Apuesto que también hay que cargar en la cuenta de Gallucci la muerte de Angelo Frascati. Debió sospechar que el muchacho sabía el paradero de ese dinero y lo torturó hasta matarlo. Y ahora que se me ocurre, ¿por qué demonios matarían a la chica antes de hacerle confesar el paradero del paquete?

—Según nuestros informes no encontraron rastros de violencia en el cadáver de la muchacha, excepto algunos hematomas, que pudo producirse en su lucha con el asesino al pretender escapar…

—Eso debió ocurrir. Ella trató de escapar, o tal vez alborotó demasiado y los pistoleros perdieron la cabeza. Se creyeron perdidos y dispararon…

Asintió con un gesto. Se levantó, confesando, satisfecho:

—Había llegado a creer que jamás podría ver el fin de ese hijo de perra, Finney. Nunca le agradeceré bastante su ayuda en este asunto. Y ahora, lárguese. Voy a estar muy ocupado los próximos días.

—Escuche, Dempsey… ¿Cuándo va a detener a Gallucci?

—No lo sé. Creo que los del Tesoro querrán intervenir en la fiesta. Después de todo, la cosa les corresponde a ellos. Pero no importa, igual da dentro de una hora como de un día. Gallucci está listo desde este mismo instante. Adiós, Finney… y cuide a su hermosa viuda.

—A propósito de ella. ¿He de traerla aquí a las once?

—No, tendré trabajo. Ya les avisaré.

Desapareció de mí vista cargado de energía y entusiasmo.

Salí a la calle no muy convencido. Gallucci era astuto y poderoso. Podía intentar cualquier medida desesperada…

Y si escapaba la pobre anciana quedaría sin venganza. Había perdido a sus hijos en manos del asesino que dominaba el vicio y el crimen en todo

el Estado. No podría percibir el dinero que su ingenua e infantil hija había soñado legarle porque no le pertenecía...

Y Gallucci, y la familia de Gallucci nadaban en la opulencia, una opulencia sostenida por un río de sangre.

Telefoneé a Chris, le informé del aplazamiento de la declaración y le di una excusa para no acudir en su busca hasta la noche. Después, fui a encerrarme a mí despacho, donde pasé horas y horas pensando y reflexionando.

CAPÍTULO XII

Al anochecer, y tras varias demoras, consultas y explicaciones conseguí comunicar por teléfono con el gran Gallucci.

—¿Quién habla? —quiso saber el gran sapo.

—No voy a andarme con rodeos, Gallucci —le espeté. Sé que andas buscando un paquete conteniendo un cuarto de millón. ¿Qué te parece si te digo dónde está?

Escuché una especie de carraspeo agónico al otro lado de la línea.

—¿Quién me habla? —tartajeó al fin.

—El nombre no importa. Sé dónde está ese dinero. Estoy dispuesto a decírtelo. Naturalmente, exijo ciertas condiciones...

—Si sabes dónde está un cuarto de millón de dólares, ¿por qué me vienes con el cuento? No voy a darte doscientos cincuenta mil dólares a cambio de otros tantos...

—Podrías hacerlo, porque ese cuarto de millón representa la cámara de gas para ti, gordinflón. ¿Crees que nací ayer? Si pongo esa «pasta» en circulación me cazarán los federales en menos que canta un gallo.

Reinó un corto silencio, turbado solamente por la agitada respiración del *gangster*. Luego gruñó:

—Te escucho. ¿Qué condiciones impones?

—Cincuenta mil dólares en billetes pequeños. Y una entrevista a solas contigo. Nada de guardaespaldas. Si cualquiera de ellos asoma la oreja a menos de una milla no hay trato.

—¿Crees que voy a meterme en semejante trampa?

—No tienes nada que temer. Todo mi interés se centra en los cincuenta grandes y en aclarar un par de puntos oscuros que me preocupan. Después podrás largarte tranquilamente con tu paquete...

—Sigue siendo una trampa.

—Como quieras. Voy a hacer esta misma llamada a los agentes del Tesoro. Te apuesto que a ellos les interesará el trato.

—¡Espera!

—No tengo nada más que discutir.

—¿Dónde has pensado entrevistarte conmigo?

—¿Aceptas las condiciones?

—Sí —mascculló a regañadientes.

—Recuerda, bola de sebo, que si cualquiera de tus matones trata de seguirte, las próximas noticias que tendrás te las darán los chicos del Tesoro, porque entregaré el paquete a los federales. ¿Comprendido?

—¡Sí, sí, maldito seas!

—Muy bien. Sé que siempre tienes grandes sumas de dinero a mano. Saca esos cincuenta mil, toma un coche y conduce despacio por Venice Boulevard. Tuerce después hacia el sur hasta la carretera 101. En algún punto de ella nos encontraremos.

—¡Eso es una estupidez! ¿Cómo sabré dónde he de detenerme en la carretera?

—Eso es cuenta mía. Pero si te sigue cualquier otro coche, o te acompaña alguien en el tuyo, aunque sea en el portaequipajes, lo sabré y nunca me verás el pelo. Ni a mí ni a esos doscientos cincuenta «águilas imperiales».

—¿A qué hora debo estar en la carretera?

—No debes salir del Venice Boulevard hasta las once en punto.

Colgué, casi seguro de que obedecería, pero por si no era así tomé el coche y abandoné la ciudad.

Pasé horas y horas recorriendo la carretera 101 en una y otra dirección tratando de descubrir algún coche sospechoso, o la presencia de posibles pistoleros tomando posiciones a lo largo de las primeras millas de la ruta.

No pude advertir nada de todo esto.

El «Cadillac» repleto de cromados perteneciente a Gallucci asomó por la curva a poca velocidad. Pasaban unos minutos de las once, de manera que debía haber abandonado el Venice a la hora en punto.

Aguardé dentro de mi coche, camuflado a un lado, hasta convencerme de que ningún otro auto iba detrás de aquel. Entonces saqué el mío y lo lancé carretera adelante a toda marcha.

Di alcance al pistolero tres o cuatro millas más adelante, de manera que me pegué a su cola y comencé a hacerle señales con los faros.

Comprendió a la primera, apartó el «Cadillac» y acabó deteniéndose a un lado, facilitándome la maniobra. Apagué las luces y deslicé mi coche hasta pegarlo al suyo.

—¡Apaga tus luces! —le ordené.

Quedamos a oscuras, de manera que él no podía verme la cara.

—¿Qué sigue ahora? —farfulló, nervioso.

—Vas a dar la vuelta y regresar por dónde has venido. A una milla aproximadamente hay un desvío, a la derecha. Te internarás por él y cuidado con lo que haces porque iré pegado a tu cola con una «45» apuntando a tu cabeza. Si alguno de tus esbirros trata de intervenir recibirás el primer plomo.

—He venido solo.

—Mejor así.

Aparté mi auto. Cuando emprendió el regreso me pegué a su cola sin perderlo de vista. Así nos internamos por la carretera de segundo orden donde sus propios pistoleros me habían llevado con la sana intención de dejarme seco.

Cuando calculé que ya estábamos lo bastante alejados de la ruta de la costa le hice señales con los faros y se detuvo. De nuevo coloqué mi coche a su lado.

—¿Y ahora qué? —gruñó.

—Pásate a mí coche, Gallucci. Es más seguro que el tuyo.

Abandonó su acorazado y vino a instalarse a mí lado. Entonces conduje alejándome de aquel paraje. No sucedió nada y estacioné en medio de la carretera.

Tan pronto aparté las manos del volante saqué el revólver y se lo incrusté entre sus bolas de grasa.

—No muevas ni un dedo, gordinflón, o te deshincharé a balazos.

—¡Maldita sea! Yo he cumplido mi parte...

—Solo quiero asegurarme de que no me darás un susto en el momento menos pensado...

Llevaba un «38» en el bolsillo. Se lo quité, guardándolo en el mío.

—Eso está mejor. ¿Qué hay de los cincuenta mil?

Metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y extrajo un sobre abultado, que dejó caer sobre el asiento. También a los míos.

—Dame el paquete y acabemos —farfulló.

—Todavía no. Recuerda que parte del precio que debes pagar son ciertos informes.

—No comprendo...

—Estoy intrigado, loco de curiosidad. ¿Por qué diablos hiciste matar a la muchacha sin arrebatarle primero el paquete?

—Si esperas que comience a confesar todos los crímenes que se te ocurran estás loco.

—¿No quieres recuperar ese condenado fortunón, Gallucci?

—Puedes irte al infierno. Todo tiene un límite y...

—Tonterías. Sé que mandaste asesinar a Ana. Igualmente, destrozaste a su hermano creyendo que él conocía el paradero de los doscientos cincuenta mil. Háblame del resto.

—¿Por qué demonios quieres saberlo? Tú no eres un poli...

—No lo soy.

—En realidad, no me importa quien seas. Hemos hecho un trato, ¿no es cierto? Tú tienes tus cincuenta mil limpios...

—Me faltan los detalles que me intrigan.

—Pero, ¿por qué, maldita sea?

—Quizá deseo saber los detalles de tus manejos para presionarte luego hasta que consiga un buen puesto en tu organización.

—No durarías ni dos días —dijo, rechinando los dientes.

—Ahí es donde te equivocas. Lo que yo sé de ti y lo que vas a contarme serán mi garantía de buena salud... ¿o no lo comprendes todavía?

Suspiró. Lo había comprendido. O había creído comprenderlo por lo

menos.

—*Okey,* bastardo —refunfuñó—. Tendré el placer de tenerte cerca y quizá se me presente una buena ocasión de cortarte en pedacitos…

—De momento, al grano, gordinflón.

—Ella, esa zorra italiana, se largó con mis doscientos cincuenta mil…

—Eso ya lo sé. Dime algo que desconozca.

—No esperes que esté hablando toda la noche. Te hablaré de la explosión del yate y luego acabaremos, te guste o no.

—Adelante.

—James Bartlet era mi socio en el negocio de los estupefacientes. En cada viaje que emprendía con su yate traía millones de dólares en mercancías. Nadie sospechaba nada porque encubría los viajes con sus desenfrenadas orgías a bordo.

—Supongo que Jamieson era también parte interesada en este negocio…

—Naturalmente. Una vez envasadas eran distribuidas por sus transportes, entregadas a los detallistas en sus droguerías y, las drogas que necesitaban elaboración eran refinadas en sus laboratorios.

—Un magnífico tinglado. Sigue, quizá pueda volverse a poner en marcha.

—Ya no —se lamentó—. Ese imbécil de Bartlet creyó que podría conseguir mercancía mucho más barata obteniéndola directamente de los agentes chinos, emisarios de Pekín. Esos malditos doscientos cincuenta mil dólares nos fueron entregados por uno de esos hijos de perra amarillos… seguro que nos hundiría. Deseaba quitamos de en medio para que no estorbásemos su propia red de distribución. Son poderosos… tienen a todo su Gobierno detrás, y una magnífica base en Cuba.

—Ya veo.

—Fue la última equivocación que le consentí a Bartlet. Ya nos había colocado al borde del desastre pocos días antes, permitiendo que una rata de puerto, un fisgón llamado Brody, metiera las narices en un cargamento, de manera que hubo que eliminarlo. En cuanto a acabar con Bartlet, fue idea de Jamieson lo de la explosión simulando un accidente…

—¿Quién se cargó a los chantajistas?

—¿Qué demonios de chantajistas?

—Olvídalo. Jamieson debió encargarse de eso personalmente. Lo que no comprendo es por qué eliminarlo luego a él.

—El negocio, tal como lo habíamos organizado con ellos, estaba muerto. Eran un estorbo.

—Un método expeditivo…

—Y ahora basta de esa estupidez. ¿Dónde está el paquete?

—No creerás que lo tengo aquí. Está en el mismo lugar donde lo depositó tu amiguita. La muy tonta quiso jugar a persona inteligente y se

portó estúpidamente.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está? Y no me salgas ahora con que lo depositó en un Banco porque…

—Nada de Bancos. Vamos.

Conduje de regreso a dónde estaba su coche. Allí le devolví su revólver y dije:

—Te guiaré. Solo tendrás que seguirme. El cuarto de millón está en al caja fuerte de un abogado. Él no sabe el contenido del envoltorio, de manera que te será fácil abrir la caja con la combinación que te daré.

—Eso huele a trampa a mil millas de distancia.

—Acabo de devolverte el revólver. Aquí tienes la combinación de la caja fuerte… ¿a qué llamas trampa, maldita sea?

—Dame la dirección de ese abogado.

—¡Ah, no! Todavía no deseo suicidarme. Si tuvieras la dirección ya no me necesitarías y podrías volarme los sesos. Tendrás que seguirme hasta la puerta de la casa, solo te diré que el despacho está en el tercer piso, letra «C». Verás el rótulo en la puerta. Además, este es un duplicado de la llave, así que…

—Veremos.

Se instaló en su «Cadillac» y me siguió sin apartarse mucho de mí en todo el trayecto.

Cuando detuve el coche frente al edificio donde estaba el despacho del abogado Coburn, Gallucci se apresuró a saltar de su acorazado, pero tan pronto asomó por la ventanilla del mío se encontró con mi revólver ante las narices.

—Nada de tonterías, gordo —le advertí—. Arriba está el dinero. He cumplido mi parte también.

—Volveremos a vernos tú y yo —aseguró, rechinando los dientes—. Y entonces te ajustaré las cuentas…

—Ya intentaste hacerlo una vez, Gallucci.

—¿Cómo?

—Supongo que fue Jamieson quien te dijo que yo andaba metiendo las narices en el asunto del yate. Mandaste a tres pistoleros…

—¡Finney!

—Ese soy yo. Pero no te inquietes. Es cierto que he querido tirarte de la lengua para cubrirme. No tengo nada contra ti, sino que era Jamieson a quién deseaba quitar de la circulación. Ya sabes… a causa de la viuda.

—¡Demonio, ahora lo veo!

Casi se rio. Casi solamente, porque estaba demasiado impaciente por apoderarse del paquete, de manera que se apartó del coche y entró en el edificio.

Bien, pensé, apartando el coche de la acera. Ese era el final del zar del crimen, del hombre gordo y fofo que tenía atemorizada a toda la ciudad,

que podía amordazar a la prensa, asesinar, violar y pervertir sin medida.

Me eché a reír mientras me alejaba de aquellos andurriales, solo con pensar en la cara que pondría Gallucci cuando fuera descubierto robando la caja de caudales, apoderándose del paquete en el cual quedarían marcadas sus huellas digitales… y descubriera, demasiado tarde, que su revólver estaba vacío. Porque los proyectiles estaban en mi bolsillo.

Y todo lo que habíamos hablado registrado en una cinta magnetofónica escondida en mi portaequipajes.

Pensé que en aquellos momentos el capitán Dempsey y los dos agentes del tesoro ya debían haber salido de sus escondrijos, en las oficinas del abogado, para caer sobre el *gangster*…

Adiós Gallucci.

Detuve el coche en las cercanías de la casa donde vivía la anciana señora Frascati y entré a verla.

Estaba sola. Rezaba.

—Mañana —le dije—, podrá ir usted al Banco que le indicaré. Su hija le dejó cincuenta mil dólares que serán depositados a su nombre…

—¿Cincuenta mil dól…? *¡Madonna mía!*

Se echó a llorar y se empeñó en abrazarme. La dejé hacer hasta que se cansó.

—No lo olvide —dije—, vendré a buscarla.

—Sí, sí… ¡Mi pequeña Ana! Ella… era buena…

Salí de allí antes que volviera a hablarme de Angelo y su maldad.

Me sentí casi feliz mientras me alejaba de aquellos barrios.

Casi, porque, para serlo por entero, me faltaba lo más maravilloso del mundo:

Christine.

Ella y sus besos, y sus caricias, y sus ardientes palabras de pasión…

Cuando tuviera todo eso sería completamente feliz, tanto que apenas si me atrevía a creerlo…

No obstante, no debí haberlo dudado por cuanto poco más tarde tuve todo eso y mucho más.

Y, para acabar de sentirme en paz con todo el mundo, había realizado mi buena acción del año gracias a Gallucci, asegurando la vejez de la anciana…

Pero los besos de Chris no admitían demora, así que dejé de pensar en todo esto y solo existió ella… para siempre.

FIN

TESOROS OCULTOS



... la mano atrevida que las arranque de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





DERBY SANGRIENTO

por

ALAR BENET

La niebla dificultaba la visibilidad de los hombres, pero la maniobra se realizó con perfecta disciplina. Neil y Douglas, agazapados a ambos lados del camino, esperaron a que el automóvil llegara a su altura para saltar sobre las aletas. Fiske rompió uno de los cristales con la culata de su revólver encañonando al conductor y único ocupante que, sorprenprendido, frenó bruscamente.

—¡Deténgase o le acribillo!

El aludido obedeció, no sin protestar.

—¿Quién es usted? Me ampara la Ley. Yo...

—¡Basta de palabras! —le interrumpió Wharton, que había abierto la portezuela—. ¡Apéese!


FBI


marabú
ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

(España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. · Printed in Spain